

LA

LLAVE

DE

ZOANT

La Llave De Zoahit

María Isabel García Gonzalo

*A mis queridos padres,
familia y amigos,
por el apoyo recibido
durante todos estos años.*

*A mi marido, Carlos,
por convencerme de no abandonar,
y ayudarme a hacer que este sueño
se haga realidad... Gracias.*

Autor: María Isabel García Gonzalo
Portada: Alberto Soltero @ElPlanBerto
Diseño de cubierta: David Arellano
ISBN: 9789403794990
Depósito legal: M-12832-2025

*Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta
publicación puede ser reproducida, almacenada o
transmitida por ningún medio sin permiso del autor.*

— 01 —

Querida Yuriel,

Algún día, cuando seas mayor, estas cartas llegarán a tus manos, y podrás saber todo lo que aún no eres capaz de entender.

Sé que tú y tu madre me echáis de menos mientras me ausento, pero estoy seguro de que, en un futuro, comprenderás las razones por las que marché fuera de nuestro hogar.

Este mundo es inmenso, y nuestro pueblo es solo una pequeña muestra de todo lo que hay alrededor. No puedo quedarme aquí sabiendo que existen otros lugares con tanta riqueza y belleza como nuestras tierras.

Soy consciente de que, cuando salgo de viaje, me pierdo muchas cosas relacionadas contigo y tu crecimiento. Tu hermana apenas se da cuenta porque es demasiado pequeña, pero sé que tú preguntas por mí y esperas mi regreso pacientemente.

Aún eres muy joven para acompañarme. A pesar de ello recuerda que, aunque estemos largo tiempo sin vernos, vives en mis pensamientos y en lo más profundo de mi corazón.

Me cuesta esperar el momento en el que crezcas y recorramos estos caminos juntos, de la mano. Puede incluso que, cuando tu hermana alcance mayor edad, decida también unirse a nosotros, y viajemos los tres, descubriendo el mundo.

No dispongo de grandes riquezas para dejaros en el futuro, solo estos escritos y un legado de conocimiento. Mi deseo es plantar en vuestro interior la semilla de la curiosidad y las ganas de descubrir, para que continuéis vosotras cuando yo lo deje y regrese definitivamente a casa, donde pasaré el resto de mis días al lado de vuestra madre.

Pase lo que pase, tu madre, tu hermana y tú sois mi mayor tesoro, y ningún lugar o hallazgo tendrá más valor que vosotras. Con cada descubrimiento y cada leyenda que me cuentan, lo único que pienso es en vosotras y en las ganas que tengo de dároslo a conocer. Lo registraré todo en mis notas, hasta la última palabra y pensamiento, para que nada caiga en el olvido.

Pero, antes de hablar de otros lugares que puedan llamar más tu atención, primero debes conocer las tierras en las que estás creciendo, pues has de saber que somos privilegiados por vivir en un lugar con tal belleza y que ha decidido acogernos con tanta hospitalidad.

Ya sabes que el reino de Blasfegaren es una vasta extensión. Estas tierras son remotas, de las menos exploradas, y nosotros nos encontramos en uno de los dominios más singulares: el dominio de Kourlem, territorio de la floresta.

Aquí el protagonista es el bosque, enorme y frondoso. En él, unos árboles se alzan teñidos de tonos rojizos como si se tratase de un paisaje eternamente otoñal, mientras que otros prefieren mostrar un aspecto primaveral, lleno de matices verdosos. Los rayos de los dos soles se abren paso por las ramas y hojas hasta llegar al suelo, creando un hermoso estallido de colores. La hierba y las flores acompañan a los árboles, y numerosos riachuelos terminan de decorar esas vistas.

No menospreciemos este bosque, hija mía. Pocos se han conservado tan intactos, libres y tranquilos como este. Muchos seres pueden verse tentados por su belleza, pero nadie osa adentrarse en él. No hay senderos que lo atraviesen, ni manera de orientarse una vez se está en su interior, por lo que es fácil perderse en la frondosidad.

En el corazón de la floresta, se encuentra un antiguo lugar, escondido en lo más profundo de la arboleda: el pueblo de Kaikem.

¿Qué decir acerca de nuestro amado hogar? Solo puedo dejar buenas palabras, pues jamás he conocido mejor lugar que aquel en el que nací. He viajado fuera del bosque, más allá de los límites de nuestro reino, y nunca encontré unas tierras comparables.

Kaikem es una aldea pequeña, pero es la única cuyos hogares se han construido entre las ramas más grandes y robustas de los árboles.

Muchos seres se sorprenden del aspecto de un áfilo. Nuestra piel pálida y cabello blanquecino les llama la atención, y les gusta el color turquesa que resalta en nuestros ojos, pues dicen que se asemeja a un lago de aguas cristalinas rodeado de vegetación. A menudo me preguntan si mi sentido del oído es mejor que el de otros seres al tener las orejas largas y puntiagudas, lo que resulta gracioso.

También admiran la calidad y textura de nuestras ropas. Les cuesta creer que la obtengamos de nuestros animales y las tejamos sin necesidad de usar tintes, pues contienen colores vivos y hermosos.

A diferencia de otros seres, los áfilos somos tranquilos y algo solitarios a ojos de los demás, porque no necesitamos tratar con otros pueblos. Nos abastecemos con lo que la propia floresta nos ofrece, y eso hace que apenas tengamos conocimiento de lo que acontece fuera de nuestras tierras.

Hasta hace poco, los áfilos pensaban que nada de lo que ocurría fuera del bosque nos afectaba, ya que nunca nos alejábamos de los límites establecidos. Eso está cambiando, y cada vez son más los compañeros que se unen a nosotros para salir de la floresta y conocer las maravillas que Raideim ofrece a través de emocionantes expediciones.

Aunque en nuestros viajes intercambiemos información y conocimiento con los seres que encontramos por el camino, siempre hablamos de todo lo relacionado con Kaikem con discreción. Prometimos mantener nuestro hogar oculto a los ojos de cualquiera, para que la tranquilidad de los áfilos no se viera alterada, y la floresta permanezca sana e intacta.

Nuestro pueblo custodia este bosque. Debemos cuidar de él y sus criaturas para que el equilibrio no se rompa, y así asegurar nuestra permanencia en el futuro.

No olvides eso nunca, querida. Por muy lejos que marchemos, la floresta siempre será nuestro hogar, y es importante protegerla.

*Con amor,
Yuloem.*

—¿Qué relato quieres conocer hoy, Yosumi? —Yuriel preguntó a su hermana pequeña, haciéndole un gesto para que se sentara junto a ella.

—¡La historia de Raideim y Okraem! —exclamó ella colocándose entre su madre y Yuriel.

—Presta mucha atención, pues se trata de nuestro pasado más lejano —Yuriel habló con seriedad. Yosumi la miró fijamente y asintió con la cabeza, esperando a que comenzara—. De esto hace más de mil años, en Raideim. En aquella época, nuestro mundo era extenso, lleno de lugares para recorrer, y hermosos rincones que descubrir. Muchos pueblos se asentaban en los dominios de cada reino, conviviendo en armonía.

—Eran buenos tiempos para todos —comentó Yhana, la madre de las áfilas. Ella se mantenía atenta, contemplándolas con una sonrisa marcada en su rostro.

—De todos los reinos que existían, el más importante era Zoah, habitado por seres muy poderosos e inmortales —continuó Yuriel, gesticulando con las manos—. Era el lugar donde nacía la magia, que emana sin límite, y después se repartía por Raideim.

—¿Qué hacían con esa magia? —quiso saber Yosumi, abriendo los ojos de par en par. Se inclinó levemente hacia delante, dejándose llevar por la curiosidad. Colocó sus codos en las rodillas y apoyó sus manos en las mejillas.

—La utilizaban para procurar el bien común, guiando y ayudando a todos, con el fin de conservar la paz y tranquilidad. Para cumplir tal cometido, destinaron a los más sabios con el propósito de viajar fuera, ofrecer protección y restablecer el equilibrio cuando la ocasión lo requiera. A esos seres los llamaron monjes de la leyenda, portadores de la paz. Eran honorables y muy apreciados en los pueblos, que los acogían con orgullo. Los monjes se comunicaban entre ellos pese a la distancia, manteniéndose informados de los acontecimientos que tenían lugar, bajo el buen consejo y justa soberanía del reino de Zoah. Gracias a su presencia, los habitantes de Raideim disfrutaban de tiempos de unión y prosperidad, pues no existían conflictos que ellos no pudieran solucionar...

—Pero había un lugar donde esa magia no llegaba: el reino de Okraem. Allí crecía otro tipo de poder, corrupto y siniestro —Yhana participó con unas palabras, mientras se sentaba detrás de Yosumi. Comenzó a peinar su cabello, recogéndolo con una tela verdosa, entrelazando los mechones y decorándolo con unas flores. La pequeña áfila mostró su satisfacción por el hermoso peinado, con palmaditas de alegría.

—¿Cómo apareció el reino del mal? —preguntó Yosumi, recostándose sobre su madre.

—La historia de Okraem comienza en una extraña región, difícil de alcanzar y con un aspecto sombrío —continuó Yuriel bajando el tono de su voz—.

Muchos trataron de construir su hogar allí, creyendo que serían unas buenas tierras donde empezar. Con el paso del tiempo, se daban cuenta de que nada de lo que cultivaban crecía, ni lograban prosperar, sino todo lo contrario... Algo impedía su bienestar.

—¡Qué sitio tan horrible! —exclamó la pequeña.

—Cierto, pues algunos aseguraban que, en las entrañas de ese territorio, algo les atormentaba —asintió Yurriel—. Los rumores decían que aquel oscuro ambiente podía enloquecer a todos los miembros de un pueblo, empujándoles a cometer terribles atrocidades entre ellos. Las enemistades aumentaban y se originaban sangrientas batallas y extraños sucesos. Los que sobrevivían se marchaban de allí, alertando para que nadie pisara de nuevo esa región. Poco a poco, la zona quedó abandonada, y los habitantes de Raideim consideraron que se trataba de un reino maldito.

—¿Y qué paso después, Yurriel?

—Cuando la noticia de lo acontecido llegó hasta Zoah, tomaron la decisión de investigar ese mal. Convocaron a los monjes de la leyenda para enviarlos allí, y así purificar ese territorio. Desafortunadamente, aquello fue la perdición para Raideim, pues lo que encontraron en ese lugar era algo antiguo, poderoso e imposible de erradicar.

—¡Ah! —Yosumi se incorporó, fijando toda la atención en su hermana—. ¿Qué era?

—Descubrieron que allí se concentraba una magia diferente a la conocida, corrompida, y que procedía del interior de la tierra. Se extendía con rapidez, envenenándolo todo a su paso. Como si tuviera consciencia propia, usaba el poder en su macabro beneficio, afectando a los que se adentraban en la región.

—La peor época para Raideim —indicó su madre—. Ahí fue cuando nació el mal.

—Tehalinm, uno de los monjes más respetables, estaba dispuesto a hallar la procedencia de esa maldad, y ponerle fin. Averiguó que se trataba de algo incorpóreo, confinado, y que deseaba encontrar una forma física con la que poder manifestarse. En numerosas ocasiones lo había intentado, sin obtener resultados. Con la aparición de los monjes, se le presentaba una gran oportunidad para ello.

—¡Qué malvado! —exclamó Yosumi frunciendo el ceño. Su hermana estuvo de acuerdo con ella.

—Aquel mal trató de someterles, pero todos mostraron firmeza, rechazándolo. Hasta que se encontró con Tehalinm, más interesado en entender su existencia que en querer erradicarlo. Persuadido por la curiosidad y la obtención de un mayor poder y conocimiento, lo liberó, dejando escapar algo perverso de su confinamiento. Ambos se convirtieron en uno solo y Tehalinm comenzó a

cambiar. Pasado un tiempo, renunció a su condición de monje, transformándose en una tenebrosa criatura llamada Okraem.

—Pobre monje... —murmuró Yosumi bajando la mirada—. ¡Cuéntame más!

—Sus compañeros quisieron ayudarle, pero era demasiado tarde, pues ya no quedaba nada de su anterior ser en él. Y era tan poderoso, que tampoco lograron detenerle. Okraem, consciente de que los seres mágicos, sus hermanos, eran los únicos capaces de hacerle frente, se propuso eliminarlos uno a uno. Muchos de ellos fueron ejecutados, pero algunos consiguieron escapar, y avisar del funesto acontecimiento que había tenido lugar.

—El plan de Okraem era conquistar los reinos, dominios y pueblos, para así proclamarse único soberano de Raideim —añadió Yhana—. Su nuevo territorio nacía y se poblaba con un sanguinario ejército que él mismo creaba a partir de los cadáveres de sus adversarios. Se extendió por todo el mundo arrasando a su paso, sembrando la muerte y desolación...

Guardaron silencio al escuchar que los pequeños áfilos se acercaban y llamaban a Yosumi, pidiendo que se uniera a ellos para jugar.

—¡Vaya, te están esperando! —Yuriel se levantó y dio una palmada, dando por finalizada aquella reunión—. Ve con ellos. Más tarde te contaremos el final de la historia, si quieres.

Yosumi la escudriñó, llena de sorpresa. Con una mirada solemne y graciosa, se negó.

—¡Ni hablar! No me moveré hasta que me digáis cómo se salvó Raideim del mal.

Madre e hija soltaron una carcajada, divertidas con las palabras de la pequeña.

—Está bien —accedió Yuriel sentándose otra vez—. ¿Por dónde iba? Ah, sí... Las malas noticias de lo ocurrido no tardaron en hacerse notar hasta el último rincón de Raideim. Los exiliados hablaban de que temibles engendros devastaban sus hogares, y avanzaban esclavizando a los que permanecían con vida. En poco tiempo, los reinos quedaron destruidos, sus dominios asolados, y los pueblos aniquilados.

—¿El reino de la magia no pudo hacer nada para evitarlo? —preguntó Yosumi. Su hermana negó con la cabeza.

—Cuando se enteraron de lo acontecido, reunieron a los supervivientes para crear una resistencia y luchar a favor de la libertad. Okraem, en un alarde de poder, desterró a los suyos a Zoah, deshaciéndose de aquellos con capacidad para derrotarle. A causa de ello, el reino más importante quedó incomunicado del resto de Raideim, y la magia que tanto ayudaba se apagó lentamente.

—¿Kaikem existía en esa época? —quiso saber la pequeña—. ¿También cayó a manos del mal?

—Nuestro pueblo es uno de los más antiguos, por lo que tus antepasados también sufrieron la ira de Okraem, como otros muchos en esos tiempos.

Yosumi soltó un suspiro, entristecida al pensar en su hogar siendo atacado, y sometido por el mal. Yhana se dio cuenta de ello, y le hizo una señal.

—¡Pero no todo estaba perdido, querida!

—El influjo de Okraem también se vio afectado —continuó Yuriel—, y se debilitó poco a poco. Los seres mortales lo aprovecharon, conscientes de que era su única oportunidad de sobrevivir. Una gran guerra comenzó, en la que muchos fallecieron, otros se rindieron y los restantes siguieron combatiendo.

—¿Y cómo acabó?

—Gracias a la valentía de todos ellos, la batalla finalmente se proclamó vencedora para nosotros. Detuvieron a Okraem, y el mal quedó de nuevo enterrado en el lugar de donde emergió. Decenas de razas no se salvaron, extinguiéndose y perdurando como una leyenda, al igual que el nombre de Tehalinm. La magia también desapareció, junto a los seres que disponían de ella, que cayeron en un letargo eterno del que no volvieron a despertar.

—Eso provocó que una nueva era naciera en Raideim tras la denominada Gran Guerra —concluyó Yhana—, en la que nadie se encargaría de cuidar a sus habitantes. Los pocos que sobrevivieron reconstruían el mundo, donde ya no prevalecía la paz ni el equilibrio.

—¡Qué gran historia! —exclamó Yosumi con palmaditas de alegría—. ¿Es verdad todo lo que se dice?

—Aquel acontecimiento se cuenta como una fábula de triunfo, una quimera del pasado que apenas se cree cierta ahora —Yuriel se encogió de hombros—. Nadie sabe qué parte de la historia fue real o no... La existencia de la magia y el propio mal parece un cuento, más que un suceso del pasado.

—Me hubiera gustado vivir esa época para conocer a los seres mágicos —murmuró la pequeña con un suspiro.

—Ve a jugar —anunció su madre—. Seguro que los demás querrán oír el cuento de tu hermana.

Yosumi corrió hacia los pequeños áfilos bajo sus gritos y risas, que la esperaban impacientes. Antes de marcharse con ellos, se dio la vuelta para preguntar.

—¿Creéis que en otro lugar, más allá del que vivimos, existirá ese reino mágico durmiente?

Antes de responder a su pregunta, Yuriel miró al firmamento. El día estaba precioso, con los dos soles brillando intensamente en el cielo azulado y

totalmente despejado. Las tres lunas se encontraban todavía escondidas. Soltó un suspiro, pensativa.

—Tal vez —respondió al fin.

—¡Seguro que lo veremos! —anunció Yosumi mientras se marchaba—. Caminaremos lejos, muy lejos, entre los grandes reinos.

—Espero que estos cuentos no terminen confundiendo a Yosumi acerca de la realidad —murmuró Yhana. Se colocó detrás de Yuriel, con la intención de peinarla. Entrelazó sus dedos en un gran mechón de su pelo, ligándolo poco a poco hasta acumularlo en un recogido, como a ella tanto le gustaba.

—Deja que su imaginación le haga soñar. Cuando crezca ya se dará cuenta de cómo es la vida en verdad y lo aburrida que puede ser sin esas aventuras y leyendas.

—Así que te parezco tediosa por pertenecer al mundo real, ¿no es así? —sonrió su madre cruzándose de brazos. Yuriel asintió divertida, y ella le dio un toquecito en el hombro—. Y tú tienes tantos pájaros en la cabeza como tu padre. ¡Aún estoy a tiempo de evitar que Yosumi se asemeje a vosotros!

—¡Hasta el propio Okraem sabría que eso no es cierto! —dijo Yuriel con una sonrisa.

—La verdad... es que me gusta ver cómo le cuentas las mismas historias que mencionaba tu padre cuando eras pequeña —comentó Yhana agarrando la mano de su hija—. Eres su viva imagen, y eso hará que tu hermana crezca llena de pasión y se convierta en una gran áfila, igual que tú. Ese, es el legado que dejó vuestro padre, y debéis recordarlo siempre.

—Nadie relataba como él —anunció Yuriel incorporándose. Se apoyó en la balaustrada de madera de la cabaña—. Vivió tantas cosas que podría habernos enseñado...

—Posees su misma esencia, y quién sabe qué clase de futuro prometedor te tienen preparado las deidades por ello.

—Espero que sea algo lleno de acontecimientos interesantes —Yuriel soltó un suspiro, clavando la mirada al infinito. Sus ojos solo le mostraban los árboles, pero sabía que tras la floresta había algo más, un mundo enorme lleno de lugares diferentes que deseaba conocer.

—¡Yhana! —un grupo de áfilas se aproximó, portando cestas—. ¿Vienes con nosotras a la floresta para recoger algunos frutos? ¡Estos jóvenes...! Comen demasiado y apenas controlan las provisiones.

—Claro, os ayudaré —su madre salió de la cabaña y, antes de irse, posó la mano en el hombro de Yuriel, susurrándole en el oído—. Aunque la vida te parezca monótona, seguro que tendrás una colmada de momentos especiales que valorarás.

Yuriel contempló en silencio cómo se alejaba su madre por la arboleda, desapareciendo de su vista. Los pequeños áfilos correteaban alegremente entre los troncos de los árboles, unos detrás de otros, con grandes carcajadas.

Los mayores se encargaban de cortar madera y prepararla para la mejora de los hogares y los alrededores, embelleciendo el entorno. Algunos cazadores regresaban con sus presas, complacidos por procurar un delicioso festín para todos.

Así era el maravilloso pueblo de Kaikem, compuesto por decenas de cabañas ocultas en las copas del frondoso bosque. Eran de madera y muy redondeadas, con forma de gota de agua. Disponían de una entrada y una pequeña abertura al lado, a modo de ventana, que dejaba ver parte del paisaje que le rodeaba, por encima del suelo.

El árbol en el que se encontraba Yuriel era uno de los más altos y robustos, donde fue muy fácil para sus antecesores construir su hogar sobre las ramas, e hicieron una escalera con peldaños de madera alrededor de su tronco, alcanzando la superficie.

La áfila bajó los escalones y llegó al suelo. Siguió avanzando hacia las afueras de la aldea, donde se situaba el cercado que resguardaba a los qisiahn, mansas criaturas que les proporcionaban leche y suficiente tela para sus ropas. Eran animales de cuatro finas patas, con el cuerpo esbelto, y un alargado cuello estrecho. La cabeza era pequeña y estirada, con una fisura en el labio superior de la boca que les facilitaba comer hierba. Tenían orejas grandes y puntiagudas, ojos negros y mediana altura, siendo un poco más altos que los áfilos. Poseían un suave y esponjoso manto de pelaje de distintos colores, desde brillantes verdes y rojos, hasta bellos blancos y tonos tierra. Detrás de sus tupidas orejas, sobresalían dos ligeros cuernos blanquecinos que se extendían muy por encima de ellos, acabando en una punta enroscada.

Su cuidador se movía entre ellos, que volvían de pastar y deambular por la floresta. Yuriel abrió la puerta del cercado, esperando a que todos entraran para cerrarla.

—¿Cómo se encuentra hoy el joven qisiahn? —preguntó al pastor. Se acercó a una de las criaturas, la cual llevaba varios días recuperándose de una herida en una de sus patas delanteras. Levantó la mano para acariciarle, y el qisiahn bajó la cabeza y la apoyó sobre su hombro, emitiendo un dulce sonido.

—Ya casi recuperado —contestó el áfilo con satisfacción. Yuriel se agachó y deshizo el vendaje creado con unas hojas curativas sujetas con telas. Comprobó que su cuidador tenía razón: la herida había sanado, pareciendo más bien un leve rasguño—. ¡Y gracias a ti! Si no fuera por la atención que les prestas, solo me daría cuenta cuando el animal cojeara, y entonces sería demasiado tarde.

—Esta vez no lamentaremos ninguna pérdida —dijo ella colocando otra vez el vendaje. Se incorporó y salió del cercado, observando al qisiahn—. Las hojas se han secado y ya no sirven. Traeré algunas más y, en un par de días, estará completamente recuperado.

—Te lo agradezco. Tu ayuda siempre es bienvenida. Y los qisiahn también, pues les gusta disfrutar de tu compañía.

Yuriel le hizo un gesto de despedida al pastor y continuó caminando a través de los árboles. Llegó a un sendero serpenteante creado por los áfilos, que se alejaba del pueblo. Finalizaba poco más adelante, donde había un inmenso claro en la floresta. En el centro, se alzaba un santuario: el templo de Kaikem.

Antes de pasar, echó un vistazo a aquella construcción, maravillándose una vez más. Era un lugar de grandes proporciones, elevándose casi a la altura de las copas de los árboles. Los numerosos peldaños alcanzaban una entrada custodiada por dos altas figuras de piedra sobre un pedestal, representando a la raza áfila. Cada una de ellas simbolizaba los momentos que surgían en el cielo: el día, protegido por los dos soles, y la noche, amparada por la luz de las tres lunas.

La estatua masculina, a la derecha de la entrada, sostenía entre sus manos un sol, y una media luna era sujetada por una figura femenina, a la izquierda. En la zona superior del pórtico, ambos símbolos se unían formando uno solo, decorando la pared.

Los muros que constituían el templo eran de fuerte roca esculpida con forma rectangular, colocadas unas encima de otras, de color tierra oscura. Dos paredes de gran tamaño y grosor se alzaban tras las estatuas, donde se desarrollaba el santuario, con un techo plano. El pórtico, siempre abierto a todo el que deseara pasar, invitaba a acercarse y admirar el lugar, para después descubrir su interior.

Sin apenas agotarse, Yuriel subió la escalinata, ya que sus piernas estaban acostumbradas a trepar por ellas habitualmente. Se detuvo en la entrada, observando su alrededor como si fuera la primera vez.

Desde el pórtico, se extendía una sala alargada con una hilera de columnas a ambos lados. Las antorchas colocadas entre los pilares se encontraban apagadas, pues la luz del día pasaba a través de algunas aberturas en el techo, proporcionando suficiente iluminación hasta la noche.

Caminó por la estancia hacia el final, donde había un arco de formas rectas, y nacía una rampa descendente que conducía a un bello jardín al descubierto. En él, crecían todo tipo de árboles y flores, procedentes del bosque. En medio, una fuente de la que no paraba de emanar agua se erigía, de dura roca y con líneas redondeadas. Tras el patio, se localizaban las dos últimas salas del

templo, siempre cerradas. Una de ellas pertenecía al cuidador del santuario, y la otra, era un lugar de culto y oración.

—¡Yuriel, mi querida áfila! —exclamó el guardián, Tutaim, al percatarse de su presencia. Se hallaba agachado junto a un grupo de flores, arreglando sus tallos. Se levantó y acercó a ella gesticulando con las manos, que las tenía envueltas. Nadie conocía su aspecto. Su cuerpo permanecía oculto bajo un hábito color negro, incluido su rostro, con una capucha de gran tamaño. La verdadera identidad de Tutaim era un misterio, ya que solo se había mostrado a los más ancianos. Pese a eso, todos confiaban ciegamente en él, pues se decía que era un descendiente de los monjes de la leyenda, el último que quedaba con vida tras lo ocurrido en la Gran Guerra—. ¡Qué gusto verte! ¿Hay algo que requiera mis servicios?

—¡Buen día, Tutaim! He venido para abastecerme de unas hojas curativas.

—Imagino que son para nuestro qisiahn —murmuró el monje cruzándose de brazos—. ¿Cuál es su situación en estos momentos?

—Está sanando —respondió Yuriel con una sonrisa—. En poco tiempo caminará con los demás.

—¡Cómo me alegra oír esa noticia! Esperemos que no vuelva a sucederles nada, pues son criaturas muy delicadas... Coge libremente todo cuanto necesites, amiga mía.

Yuriel se colocó junto a uno de los árboles del jardín y alargó la mano para tocar las ramas. Su tronco tenía un tono muy oscuro, resaltando las hojas que crecían, de gran tamaño y con forma de corazón. Se consideraban especiales no solo por su capacidad curativa, sino también por su aspecto, pues las hojas eran de un color blanco tan brillante, que parecían tener luz propia. Tutaim le había contado que procedía de uno de los bosques que reposaban en Zoah, y cuyo brote extraído se trajo hasta Kaikem, plantándose en aquel jardín. Con el paso de los años y muchos cuidados, las raíces se afianzaron, y el árbol creció con fuerza, decorando majestuosamente aquel lugar.

—Últimamente, eres la única que se digna a visitarme —comentó Tutaim mientras le ayudaba a recoger algunas hojas—. Tengo la sensación de que nadie escucha lo que digo... nadie salvo tú, querida. Permíteme una pregunta osada: ¿por qué los áfilos ya no se interesan por lo que ocurre en el resto de Raideim?

—Nuestro pueblo queda alejado de cualquier otro lugar. ¿Para qué preocuparse de algo que no nos concierne si nunca nos afecta? Lo que nos atarea es cuidar de los qisiahn y trabajar en el bosque.

—Ah, es una lástima —Tutaim suspiró. Le apenaba ver que las nuevas generaciones no prestaban tanta atención a lo que les rodeaba como antes, y

parecía que su presencia ya no era tan importante como antaño—. Raideim tiene un largo pasado, con muchos sucesos dignos de mención, y un presente con tanta información enriquecedora... Tampoco le atrae ya ni a los más pequeños.

—Yo estoy dispuesta a seguir escuchando tus palabras —anunció Yurriel tras terminar de recoger las últimas hojas que necesitaba. Ella intuía lo que el monje sentía, y trató de reconfortarle—. Sabes que a mí me importa lo que pasa en Raideim, aprender cómo son los demás reinos, y conocer qué clase de mundo hay alrededor.

Tutaim dio una palmada. Claro que sabía aquello. Con frecuencia se lo preguntaba a Yurriel, y ella siempre le respondía con la misma aclaración.

—¡Hacía mucho tiempo que no veía en un áfilo esa curiosidad por su entorno! —exclamó el monje—. A tu edad, solo deberías preocuparte de decidir la tarea a la que te dedicarás cuando seas adulta, o del pretendiente que escoger.

—Es algo que procuran recordarme a menudo —murmuró ella con un suspiro—. Nos hacen creer que tenemos libertad para elegir... Pero la realidad es que son los mayores los que deciden los límites y las opciones a considerar.

—Eres una joven muy lista, no cabe duda —afirmó Tutaim—. Sospecho que esa desgana está relacionada con seguir los pasos de tu padre, ¿no es así?

—Quisiera ocuparme de descubrir nuevos territorios más allá de la floresta, y encontrar cosas de utilidad para los áfilos —Yurriel bajó la mirada al suelo. En su rostro se mostraba un gran sentimiento de frustración—, como hacía mi padre. Me gusta el cuidado de los qisiahn y es muy agradable estar presente en su crecimiento y evolución, pero no siento satisfacción por esa ocupación.

—¡Era exactamente lo que decía Yuloem! —el monje soltó una carcajada, ante el asombro de la áfila—. Todavía recuerdo este tipo de conversaciones con tu padre. Usaba las mismas palabras y se quedaba de pie, pensativo y agarrando ese colgante que tienes como si fuera a trasladarlo a un lugar distinto. Siempre lo llevaba consigo, pues lo consideraba un amuleto protector.

—Mi padre cumplió su deseo de salir de Kaikem —murmuró Yurriel. El monje tenía razón. Sin darse cuenta, ella sostenía el colgante con una de sus manos. Se trataba de un cordel oscuro que sujetaba una piedra transparente con el centro de color blanco perlado y forma de lágrima. Lo rodeaban unos finos hilos plateados. Yuloem se lo regaló a su hija poco antes de fallecer y, desde entonces, ella nunca se había desprendido de él, a modo de recuerdo—. Sé que muchos le admiraban por su valentía, y otros le consideraban un temerario. Apenas hablan de sus viajes... Ni siquiera mi madre menciona nada sobre ello.

—Yuloem anhelaba conocerlo todo desde que era joven —explicó Tutaim acomodándose en un largo asiento de madera colocado junto a la fuente. Yurriel se sentó a su lado, prestándole atención—. Cuando creció, sus ideas y deseos

de desvelar lo que existía más allá del bosque no se desvanecieron, sino que se habían fortalecido. En aquella época, las cosas eran diferentes. Otros áfilos compartían ese sentimiento de aventura, y se unieron para realizar expediciones, encabezadas por tu padre. En Kaikem, aguardaban la llegada de sus valientes viajeros, para festejar el regreso y oír con fascinación los descubrimientos hallados. ¡Tú eras su mayor admiradora, sin duda! Me acuerdo de que, siendo muy pequeña, subías a lo alto de los árboles, y permanecías allí largo tiempo, esperando el retorno de tu padre. Te encantaban las leyendas e historias que traía en cada uno de sus viajes.

—Los días siguientes a su vuelta no me despegaba de su lado —recordó Yuriel con una sonrisa—. Le seguía constantemente, preguntándole todo tipo de cosas.

—¡Eras persistente! —el monje soltó una carcajada, asintiendo. De pronto, su voz se tornó seria. Ladeó la cabeza y suspiró. La conversación le evocaba numerosos recuerdos, pero no todos ellos resultaban agradables—. Parecía tan maravilloso... Nadie imaginaba que algo pudiera salir mal. La última expedición fue un error. Yo mismo debí advertirles con más severidad, y convencerles de que no partieran.

—Háblame de lo que sucedió.

—Yhana aún no te ha contado los detalles —Tutaim quiso cerciorarse. No deseaba provocar más sufrimiento a Yuriel por la pérdida de su padre. Todos acordaron no contarle lo ocurrido hasta que fuera mayor—. ¿Estás segura de querer saberlo?

—Han transcurrido nueve años desde su fallecimiento. Mi madre no habla de ello, pues intenta mantener vivos los recuerdos felices que tuvo junto a él. No perturbaré sus sentimientos por ahora, pero sí deseo conocer lo que pasó exactamente —afirmó ella con decisión, tras unos momentos de pausa.

—La verdad es que aún sigo sin comprenderlo —murmuró el monje entrelazando los dedos de sus manos. Se mostraba nervioso, buscando las palabras adecuadas—. Tras realizar varios viajes con éxito, Yuloem quiso encabezar otra expedición, la más ambiciosa hasta el momento. Esta vez, codiciaba alejarse del reino de Blasfegaren, lo que implicaba semanas de recorrido, y exponerse a peligros desconocidos. Era demasiado arriesgado incluso para alguien tan experimentado como él. Intenté disuadirle, pero nada evitó que se marchara, decidido a convertirse en una leyenda. Entonces solo regresaron unos pocos áfilos, junto a tu padre. Desafortunadamente, algo traían con ellos, una extraña enfermedad de la que ni siquiera yo tenía conocimiento. Quizá tomaron un fruto o bebieron algo que resultó ser venenoso... Traté de sanarles, pero nadie sobrevivió pasados cuatro días. Sus pieles se colmaron de unas extrañas manchas redondas y

oscuras, que se extendían poco a poco, consumiéndoles por completo. Dejaron de comer y agonizaron hasta que, finalmente, no volvieron a despertar.

Tutaim se detuvo, esperando a que Yuriel dijera algo. Pero de su boca no salió ningún sonido. Al fin descubrió el auténtico destino de su padre, sin adornos. Fue entonces cuando comprendió por qué nadie se había atrevido a contárselo a ella y su hermana. Sintió un fuerte escalofrío recorriendo su cuerpo, pensando en cómo se produjo tal terrible situación.

—Aquello marcó Kaikem para siempre —continuó el monje—, que todavía lamenta la pérdida de sus queridos aldeanos. Tu madre jamás superó su ausencia. Yosumi apenas sabía caminar, pues era su primer año de vida, y tú cumplías una década de la tuya, edad insuficiente para entender lo que acontecía. Este, es el triste motivo por el que los áfilos no permiten que se abandone la seguridad proporcionada por la floresta. El dolor sufrido forzó la decisión de prohibir la salida fuera de los límites establecidos.

—Durante años anhelé crecer lo suficiente para acompañarle en sus viajes, y ahora ya no sé...

—Yuloem también lo deseaba. Heredaste ese instinto aventurero y fantaseaba con el día en el que pudieras ir con él —Tutaim posó su mano en el hombro de Yuriel—. ¡Qué hermosa visión la de padre e hija encabezando excursiones y viviendo grandes hazañas! Pero hay que respetar a los más ancianos y sus decisiones. Solo pretenden proteger a los jóvenes, que son el futuro de este pueblo.

—Quería tanto ser como él, que no pensé por qué mi madre se preocupaba cuando le hablaba de partir lejos de Kaikem —musitó Yuriel. Por un momento, entendió el miedo que le provocaba a su madre que una de sus hijas marchara lejos del hogar. Con las salidas de su padre, Yhana siempre intentaba no pensar en la posibilidad de no volver a ver a Yuloem nunca más.

—Yhana os adora a ti y a Yosumi. Sois lo único que le queda de lo que vivió con tu padre, y por nada del mundo querría perderos. ¡Pero no te desilusiones, amiga mía! Que mis palabras o las consecuencias de un desafortunado acontecimiento pasado no te atormenten. Comprendo que se acerca el aniversario de su fallecimiento, y que en poco tiempo debes tomar una de las decisiones más importantes acerca de tu futuro... Saliendo o no de Kaikem, eres como él, y no dudo de lo orgulloso que se sentirá por eso, allá donde repose su esencia.

—Agradezco tu sinceridad, Tutaim —indicó Yuriel clavando la mirada al suelo, pensativa—. Si no fuera por ti, pocas cosas recordaría de aquellos tiempos.

—Prometí a tu padre que cuidaría de vosotras. Su confianza me honró, pues sois como hijas para mí, y nada me gusta más que veros crecer y convertirnos en extraordinarias áfilas.

Justo cuando Yuriel iba a contestar, escucharon un sonido que les envolvió, procedente del cielo. Alzaron la vista, descubriendo que se trataba del peowl de Tutaim, una criatura voladora adiestrada por el monje para ser su mensajera. Planeó en círculos alrededor, ululando dulcemente, buscando un lugar donde posarse.

—¡Ah, aquí está mi leal compañero! —exclamó Tutaim. Se dio cuenta de que Yuriel se había quedado muy cautivada con la presencia de aquel animal, y le hizo una señal—. Alarga el brazo y mantenlo en una posición recta. No temas, porque es inofensivo.

Yuriel abrió la boca de par en par cuando el peowl se posó cuidadosamente sobre su brazo, cerrando sus enormes alas. Tenía una cabeza de gran tamaño, capaz de girar casi en cualquier dirección, con unas orejas pequeñas por encima y unos ojos anaranjados grandes. Su cuerpo era grueso y redondeado, con dos patas cortas y garras fuertes. Disponía de un pico afilado, curvado hacia abajo. Todo su cuerpo se cubría de espesas y suaves plumas, con colores grises y pardos de varias tonalidades, desde las orejas a la cola.

—Es una criatura increíble —murmuró Yuriel. Acercó su mano lentamente para que no se asustara, y lo acarició con delicadeza. Su plumaje era tan tupido que sus dedos se hundían en él, provocándole una agradable sensación. El peowl entornó los ojos, emitiendo un tenue sonido de satisfacción.

—Parece que se encuentra cómodo a tu lado —dijo Tutaim. Después se acercó al animal y desató una nota enrollada en su pata—. Veamos la respuesta de mi buen amigo Harold.

—¿Harold, el señor del pueblo de Kranhald? —preguntó ella llena de curiosidad—. Creo recordar que le visitaste hace escasos días. ¿Los habitantes de lo alto del cerro se encuentran bien?

—Así es —asintió el monje. Permaneció unos momentos en silencio, leyendo el papel. Al finalizar, lo guardó en el interior de su hábito—. Los hontag viven tiempos de calma y prosperidad. Los rumores que traían los viajeros acerca de unos sucesos mientras me hospedé allí no indican nada que deba preocuparnos.

—¿De qué clase de acontecimientos han tenido sospecha?

—Aún no puedo revelarlo —negó extendiendo su brazo para hacerse cargo del peowl, el cual echó una última mirada a la áfila, antes de irse con el monje—, pues por ahora no son más que conjeturas de los exiliados que vienen desde reinos lejanos. Probablemente no sea nada importante. Harold lo comprobará y me informará de ello.

—Me gustaría conocer algún día a Harold y ver su pueblo —murmuró Yuriel, tratando de imaginar cómo sería aquel lugar, con ayuda de las

descripciones que siempre mencionaba Tutaim. Detallaba tanto, que ella se vislumbraba a sí misma caminando por esas tierras, con la voz del monje de fondo, relatando.

—Estoy seguro de que os llevaríais bien, y tiene muchas historias que contar... Pero saben que sus vecinos áfilos prefieren mantener su existencia con discreción, y así evitar que los curiosos decidan merodear por la floresta. Kranhald no desea importunar la paz de Kaikem con la presencia de otros seres.

—Quizás algún día sea posible —dijo ella con un suspiro. Tras unos instantes de silencio, se incorporó y le hizo un gesto al monje—. De momento debo cumplir mi tarea con el qisiahn, que confía en recibir mis cuidados.

—¿Me visitarás nuevamente para ponerme al corriente de su estado? —preguntó Tutaim. Ella asintió con la cabeza—. Si hay algo más en lo que pueda ayudar a los áfilos, cuenta conmigo. Que la noche te proporcione un grato descanso, amiga mía.

Con aquellas últimas palabras, Yuriel se alejó del jardín, volviendo por donde había llegado, hasta salir del templo. Se dio cuenta de que ya estaba atardeciendo, pues los dos soles caían por el horizonte y comenzaban a esconderse detrás de las copas de los árboles. El cielo se tornaba de un oscuro azul, casi purpúreo, y las primeras estrellas se mostraban tímidamente, esperando la aparición de las tres lunas para dominar el firmamento.

Bajó los escalones y se dirigió de nuevo al pueblo, el cual se preparaba para la noche, con las múltiples antorchas que lo rodeaban ya encendidas. La llama que proporcionaban oscilaba, creando un juego de luces y sombras. Los áfilos regresaban de finalizar sus labores, para descansar y refugiarse hasta el día siguiente. El bullicio que acostumbraban a tener con la presencia de los pequeños y sus travesuras se sumió en un profundo silencio, apenas roto por unos murmullos.

—¡Yuriel! —exclamó su hermana a lo lejos. Yosumi paró al verla, con gestos para que se acercara—. ¿Vienes de hablar con Tutaim? ¿Te ha contado una nueva historia?

—Esta vez no tengo nada que relatarte de su parte —anunció Yuriel colocando su mano en la pequeña cabeza de su hermana. Yosumi se cruzó de brazos y protestó, lo que le hizo sonreír, divertida por su reacción—. Pero puedes acompañarme para ver a los qisiahn si lo deseas. Hay algo por hacer, antes de que sea de noche.

—¡Claro que quiero! —Yosumi caminó al lado de su hermana, emocionada. En poco tiempo, alcanzaron el cercado y Yuriel se dirigió a la joven criatura herida, que se dejó colocar su nuevo vendaje sin oponer resistencia y mostrándose calmado. Mientras, la pequeña áfila esperaba fuera, apoyada en la valla y

observando con atención—. Todos hablan de lo bien que se te da cuidar de ellos. Cuando cumplas tu segunda década y tengas que elegir una ocupación a la que dedicarte, ¿escogerás a los qisiahn?

—Es la tarea que más me ha gustado hasta ahora.

—¡Yo también me dedicaré a eso! Atenderé a los animales y los guiaré por la floresta, como tú —manifestó Yosumi con palmaditas. Después, se aproximó a un árbol cercano y comenzó a escalarlo. Pese a lo pequeña que todavía era, poseía mucha agilidad y apenas le costó encaramarse a una de las ramas más altas. Se sentó en ella, contemplando su alrededor llena de alegría—. ¡Desde aquí veo lo grande que es el bosque! Está cubierto de árboles... Yuriel, ¿cómo se crean las flores?

—Dicen que las deidades de la tierra, seres invisibles para nuestros ojos, son las encargadas de embellecer Raideim con la vegetación. Allá donde sus manos acarician la superficie, nacen plantas, flores y árboles. Cada deidad da vida a un tipo de flora, y habitan en todos los reinos. Por eso hay tanta variedad entre los territorios, y cada bosque posee un aspecto diferente.

—Ojalá pudiera conocer a esos seres —murmuró Yosumi admirando el paisaje—. ¿Si hablo con una flor, ellas me oirán y aparecerán para dejarme verlas?

—No creo que eso sea posible —Yuriel rio a carcajadas ante la graciosa ocurrencia de su hermana. Ya había terminado de colocarle el vendaje al qisiahn y se despidió de él con unas caricias. Salió del cercado y se detuvo a los pies del árbol donde se hallaba Yosumi—. Volvamos ya, pues es tarde.

—¿Qué es ese resplandor? —preguntó la pequeña señalando con el dedo a la lejanía. Yuriel trató de vislumbrar algo, pero desde el suelo lo único que se distinguían eran los árboles. Yosumi parecía tan sorprendida por aquello que su hermana decidió subir junto a ella y comprobarlo. Abrió la boca de par en par al darse cuenta de que desde allí arriba había unas vistas magníficas de la floresta. Hacía tanto tiempo que no se encaramaba en lo más alto, que no recordaba cómo se veía todo desde esa posición. Yuriel entornó los ojos para fijarse con detalle en el lugar que indicaba su hermana. Un foco de luz estaba encendido, con una llama oscilante de gran tamaño. Brillaba por encima de las copas de los árboles, por lo que debía proceder del cerro donde se asentaba Kranhald—. ¿El bosque se quema?

Antes de que Yuriel respondiera, una segunda lumbre apareció, de igual tamaño. La floresta se iluminó, como si los dos soles ascendieran otra vez con la llegada de un nuevo día. Yosumi lanzó una exclamación con el descubrimiento de un tercer foco, que resplandecía con fulgor. Miró perpleja a su hermana, ya que era algo extraño y nunca visto para ella.

—Son antorchas —explicó Yuriel llena de asombro—. Pertenecen a los hontag, los habitantes de Kranhald.

—¿Por qué son tan grandes? —quiso saber su hermana—. ¿Tanta falta les hace?

—No —negó Yuriel recordando lo que una vez le contó el monje—. Estas antorchas se usaban en la época de la Gran Guerra. Si se veían tres destellos brillando por encima de la floresta, significaba que había asuntos vitales que atender... Es la primera vez que las veo encendidas.

—¿Qué crees que significa?

—Quieren avisar de un acontecimiento importante... y convocar a Tutaim. ¡Vamos Yosumi, debemos advertir al monje!

Ambas bajaron al suelo y fueron al templo de Kaikem. La noche se cernía sobre ellas y corrieron entre las sombras formadas por la presencia de las tres lunas. Pronto alcanzaron el claro del bosque, viendo que el santuario se encontraba en calma. La iluminación del interior emergía al exterior, invitándolas a entrar de manera acogedora.

—¡Tutaim! —gritó Yuriel al subir la escalinata y detenerse en la entrada del templo. Su voz resonó por las paredes, rompiendo el silencio que dominaba el lugar—. ¡Tutaim!

—¿Yuriel? —el monje se asomó desde el fondo del largo pasillo, extrañado por la llegada de las áfilas—. ¿Qué hacéis aquí?

—Es Kranhald. Las antorchas están encendidas, ¡y son tres! —anunció Yuriel. Tutaim, sin dar crédito a sus palabras, se asomó precipitadamente. Fijó la vista en el cerro y emitió un profundo suspiro. Aquella visión le proporcionaba una extraña sensación, de tristeza y desazón—. ¿Qué acontecerá para pedir ayuda en plena noche?

—Esas luces llevaban casi mil años sin prenderse... —el monje mostró nerviosismo y sorpresa a la vez—. No hay duda de que es algo urgente.

Ante el asombro de las áfilas, Tutaim lanzó un silbido, que resonó entre los árboles. Poco después se escuchó el relinchar de un caballo, junto al sonido de los cascos de sus patas. Yosumi se agarró a las ropas de su hermana y abrió la boca cuando vio aparecer de entre la floresta el caballo del monje, que siempre deambulaba libremente por la zona. Su piel era completamente pálida, una mezcla entre blanco y grisáceo, con la crin de color negro. Parecía una criatura salvaje, y no dejaba que nadie se acercara a él, salvo Tutaim. Solamente se dejaba guiar por el monje, cuando él se lo pedía. El corcel se detuvo a su lado, relinchando con suavidad.

—Partiré inmediatamente hacia Kranhald y averiguaré qué les preocupa a los hontag —dijo Tutaim subiendo a lomos del caballo.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Yosumi.

—Permaneceré allí hasta que tenga la certeza de lo que acaece. Los áfilos no deben alarmarse por el momento, pues aún es pronto para ello. Regresaré cuanto antes con noticias, positivas a ser posible. ¡Marchaos, y avisad de mi marcha!

Con aquellas palabras, Tutaim le hizo una señal al corcel y cabalgó a las profundidades del bosque. Yuriel y Yosumi quedaron inmóviles en lo alto de las escaleras, sumidas en el silencio, mientras veían cómo se alejaba el monje.

—Yuriel, ¿crees que algo malo se avecina? —la pequeña agarró su mano, asustada.

—Espero que no —murmuró su hermana, sin saber bien qué decir. Miró al cerro, donde las antorchas continuaban brillando con fuerza—. Será mejor que volvamos ya y comuniquemos lo ocurrido.

Querida Yuriel,

¿Te has fijado con detalle alguna vez en el árbol de hojas curativas que crece en el jardín del templo? Es tan hermoso y brillante... Imagina una floresta, toda ella llena con esos árboles, irradiando su luz a la vez y permitiendo caminar por la noche sin necesidad de antorchas. Es una de las cosas que Tutaim me ha contado acerca de Zoah, el legendario reino de la magia, las tierras hieráticas.

Todo explorador desearía descubrir un lugar como ese, y verlo con sus propios ojos.

Es una verdadera lástima que resulte inaccesible para cualquier ser, pues antaño se consideró el corazón de Raideim, latiendo constantemente para mantener nuestro mundo vivo y a salvo. Ahora, ese reino no es más que un vago recuerdo de lo que un día fue, y ya nadie le da la importancia que debería tener.

Sé que a Tutaim le entristece ser consciente de ello, y de que pocos seres tengan el deseo de conocer más acerca del pasado. La historia de Raideim, aunque parezca lejana, es el legado que ha quedado para nosotros. Sin esos acontecimientos, quizás ninguno nos encontraríamos hoy aquí.

Pocos saben cómo era ese reino en el pasado, pues apenas disponemos de información para poder hacernos una idea de la grandiosidad que había allí. Esos seres, los menhaot, casi fueron considerados deidades; el poder que poseían y la capacidad para mantener el equilibrio los convertían en verdaderos líderes de todo Raideim.

Cuesta creer que unos seres tan poderosos pudieran dejarse llevar por la oscuridad, como le ocurrió a Tehalinm, y que después cayeran ante el mal.

Es triste pensar que los menhaot, al parecer inmortales, aún permanezcan con vida, atrapados en su propio reino, y presas de un sueño del que no pueden despertar.

¿Serán conscientes del paso del tiempo? ¿Serán concededores de lo que ha ido aconteciendo en estos cientos de años? Son preguntas que, por el momento, ningún ser es capaz de responder, ni siquiera Tutaim.

El monje teme que los menhaot aún se encuentren a la espera de ser salvados, liberados, y la decepción que les debe causar ver que nadie vaya a su

encuentro. Quizás esos seres se sientan desilusionados e incluso abandonados por los mismos que un día fueron cuidados y protegidos por ellos.

Desafortunadamente, pocos son los que recuerdan a esos seres y se sienten en deuda con ellos. El pasado queda tan atrás que no comprenden que ellos nos salvaron de las garras del mal, y que sacrificaron sus esencias y su reino para mantener a Raideim y sus habitantes con vida.

El legado que ellos quisieron dejarnos se ha ido desvaneciendo con el paso de los años, lo que es entristecedor.

Ojalá pudiera contarte más, pues si todos conocieran la misma información de la que yo dispongo, quizás las cosas fueran diferentes. Pero debo mantener mi promesa con Tutaim, y guardar el secreto...

Secreto que algún día te desvelaré, hija mía. No solo porque este conocimiento te será de utilidad en el futuro cuando lleves a cabo tus propias expediciones, sino que además pertenece a tu pasado, tu sangre y tu legado, heredado de nuestros ancestros.

Espero que algún día, no muy lejano, nos sentemos tú y yo para hablar de esto largo y tendido, y así puedas comprender lo que otros nunca llegarán ni a imaginar.

*Con amor,
Yuloem.*

Yuriel abrió los ojos a la mañana siguiente. Por primera vez en mucho tiempo, no fueron los rayos de los dos soles lo que la despertó. La cabaña apenas estaba iluminada, y miró a su alrededor. Yosumi seguía durmiendo plácidamente, con una dulce sonrisa marcada en su rostro. Su madre no se encontraba en su lecho, y se incorporó para buscarla. Yhana se hallaba fuera, asomada en la balastrada y en silencio. Yuriel fue junto a ella, haciendo el menor ruido posible para no desvelar a su hermana. Entonces recordó las imponentes antorchas de la noche anterior, y fijó la vista en el cerro, pero ya no quedaba ni rastro de ellas.

—Veo que tú también te has levantado pronto —comentó a su madre con una sonrisa.

—En realidad, es más tarde de lo habitual —dijo Yhana sin dejar de contemplar su alrededor—. Hemos esperado antes de comenzar las tareas, pero no parece que vaya a despejarse el día.

—Qué raro —Yuriel alzó la mirada. Aquello era cierto. El cielo estaba totalmente cubierto de nubes, de un extraño color azul oscuro, y apenas se distinguía la posición de los dos soles. Resultaba insólito, pues siempre se abrían paso para iluminar el bosque—. ¿Alguna vez has visto el día con este aspecto?

—No en esta época. Y lo más extraño es el silencio... ¿Por qué no escuchamos a los animales? La floresta se muestra muy callada.

—¿Crees que ocurre algo? —su madre no respondió a la pregunta, ya que estaba tan sorprendida como ella. Yuriel agudizó el oído, intentando percibir algún sonido, pero todo se mantenía en absoluta calma. Ni siquiera se escuchaba el cantar de las aves, ni la brisa sacudiendo con suavidad las hojas de los árboles. En una floresta llena de vida, no era normal—. ¿Tendrá algo que ver con Tutaim y su marcha a Kranhald?

—Espero que no —contestó Yhana con un largo suspiro.

De repente, sintieron que alguien se les echaba encima. Era Yosumi, que se apretaba a ellas con fuerza, queriendo cobijarse. La miraron asombradas, descubriendo que en su rostro se reflejaba el terror. Yhana se agachó junto a la pequeña, y la abrazó para que se tranquilizara.

—¿Qué ha hecho que te levantes con tanto temor? —quiso saber su madre. Yosumi abrió la boca, pero no dijo nada, y se apretujó aún más en sus brazos—. ¿La culpa la tiene un mal sueño?

—Uno muy feo que me asustó mucho —musitó la pequeña mientras se escondía.

—Quizás te sientas mejor si nos lo cuentas —anunció Yuriel posando la mano en su cabeza. Yosumi se asomó tímidamente y miró a su madre. Ella asintió, esperando a que hablara.

—He soñado con unos monstruos horribles. Quemaban hogares y perseguían a muchos seres que huían de ellos. ¡Querían destruir Raideim! Y después vi la floresta, o lo que quedaba de ella, porque los árboles fueron arrancados. Kaikem también aparecía, pero ya no era un pueblo...

—¿A qué te refieres?

—¡Daba mucho miedo, Yuriel! Rompieron las cabañas y prendieron fuego a los árboles y... y los áfilos estaban tumbados en el suelo, sin moverse... ¡Nos mataban a todos!

—Vaya... No hay duda de que fue una pesadilla terrible, querida —su madre le dio la razón, hablándole con suavidad—. Pero ya despertaste, y ha terminado. Esa es la parte buena de las pesadillas que, aunque sean desagradables, siempre acaban cuando abres los ojos.

—¿Seguro? —Yosumi no parecía muy convencida por aquello. Lo que sus sueños le habían mostrado había sido lo suficientemente espantoso como para provocar el temor en ella, pues nunca tuvo una pesadilla como esa—. ¿Y si es de esa clase de sueños que luego se cumplen, como nos contó Tutaim? No me gustaría ver a esos monstruos despierta.

—No debes preocuparte por eso, pues no será un presentimiento. El monje ya explicó cómo funciona tu don y, de todas las cosas que ocurran mientras duermes, solo unas pocas se convertirán en realidad.

—Yuriel tiene razón —su madre colocó las manos en las mejillas de Yosumi, y le dio un beso—. Tutaim dijo que pronto te acostumbrarás a esto. Según vayas creciendo, sabrás diferenciarlo con claridad. Aún eres joven, y hace poco tiempo que conocemos tu situación. Es normal que estés tan confusa, pero te prometo que ese mal sueño no se cumplirá de ninguna manera.

—Vale —murmuró Yosumi soltando un sonoro suspiro—. Os creeré entonces.

—¿Qué os parece si, para olvidarnos de este mal despertar, nos servimos un delicioso festín en el desayuno? —Yosumi cambió la expresión de su cara, alegrándose con la propuesta de su madre.

Yuriel se acercó a una de las cestas que tenían, repleta de fruta de los mejores árboles de la floresta, y la colocó en el centro. Su madre se encargó de ofrecerles un cuenco de leche fresca, obtenida de los qisiahn. Comenzaron a desayunar y llenarse de energía, para así afrontar el día con ganas.

—¡Qué rico!

—Me alegro de que te guste, Yosumi —dijo su madre con una sonrisa—. Yuriel, ¿cuál es la tarea de la que debes ocuparte hoy?

—Intentaré llevar al qisiahn herido a la zona de pasto, y reunirlo con los demás. Las hojas curativas han funcionado muy bien, y es posible que ya pueda

caminar con normalidad. Le vendrá bien un paseo y acostumbrarse de nuevo a su rutina.

—Yo también quiero ir con los animales —expresó Yosumi. Miró suplicante a su hermana—. ¿Me dejarás acompañarte?

—Está bien. Pero tienes que ser cuidadosa y no asustarlos ni molestarlos, pues necesitan calma para alimentarse.

—Seguro que todo sale bien con el joven qisiahn. Ciertamente, posees un don para cuidar de ellos... —anunció Yhana—. Dentro de poco cumplirás tu segunda década de vida, momento en el que deberás escoger una ocupación de la que encargarte. ¿Has considerado ya tu elección? Sabes que es algo esencial para la estabilidad de Kaikem de cara a los años futuros.

—Sí, ya pensé en eso, y he tomado una decisión —asintió Yuriel tras dar el último bocado a su comida. Se detuvo por unos instantes, recordando la conversación de la tarde anterior con el monje, acerca de su padre. Su madre la miraba suplicante, esperando una respuesta que no le rompiera el corazón. Cogió aire y lo soltó poco a poco, convenciéndose a sí misma de que hacía lo correcto, aunque no le gustara—. Los qisiahn son una de las cosas más importantes para los áfilos, y cuidar de ellos es una tarea de la que quisiera hacerme cargo. Cuando sea el momento, se lo comunicaré a todos.

—Los áfilos lo aceptarán agradecidos, querida, pues no hay nadie capaz de guiarlos y atenderlos tan bien como tú. ¡Qué alegría me da conocer esa noticia!

—Aún tengo mucho que aprender —anunció Yuriel incorporándose. Le hizo una señal a su hermana para que le siguiera—, y hoy es fundamental realizar mi labor con éxito, porque el animal depende de mí.

—Te deseo suerte con el cometido —Yhana se despidió de ellas, con una amplia sonrisa marcada en su rostro. Mostraba alivio tras escuchar las palabras de su hija—. Y suerte también a tu pequeña acompañante, que estoy segura de que te será de gran utilidad, ¿verdad, Yosumi?

—¡Claro!

Las hermanas salieron de la cabaña y bajaron las escaleras hasta el suelo. Caminaron rumbo al cercado de los qisiahn, a paso ligero y animadas. Pese a lo tarde que era, todavía permanecían algunos áfilos rezagados alrededor del pueblo, murmurando entre ellos con inquietud. Ciertamente, los habitantes de Kaikem mostraban preocupación y mucha confusión. Levantaban la mirada al cielo, comprobando que continuaba nublado, sin poder distinguir la posición de los dos soles. Solo los más pequeños seguían con sus juegos, ajenos a lo que acontecía.

En poco tiempo alcanzaron el cercado, donde únicamente quedaba el joven qisiahn. Los demás ya debían encontrarse en la zona de pasto, como cada día. Yuriel sonrió al darse cuenta de que se movía de un lado a otro deseando salir, lo que significaba que se sentía mucho mejor. Se acercó a él y, tras propinarle unas suaves caricias, hizo un gesto para que marchara a su lado.

—¿Crees que llegará a la zona de pasto sin problemas? —quiso saber Yosumi.

—Sí, ya está totalmente recuperado —indicó Yuriel posando la mano en el lomo del qisiahn para guiarle. El animal emitió un dulce sonido, y caminó a su lado, con tranquilidad. Ya no cojeaba, y parecía que su pata volvía a ser fuerte y estable.

Poco a poco se adentraron en la floresta, la cual se hallaba más en calma que nunca. A causa del cielo nublado, también se encontraba oscurecido. Era algo realmente extraño, pues en el dominio de Kourlem siempre hacía buen tiempo, salvo en las cortas épocas de lluvia, donde la tierra aprovechaba para abastecerse y hacer que la vegetación se refrescara y alimentara.

—Yuriel, ¿cómo le irá a Tutaim? —preguntó Yosumi tras un largo silencio—. Anoche parecía tan preocupado... ¿Pasarán cosas malas en Kranhald?

—No lo sé... Se trataba sin duda de algo importante, pero seguro que volverá pronto y nos lo contará.

De repente, el qisiahn empezó a resoplar y mostrarse nervioso. Paraba y se negaba a caminar, lo que sorprendió a Yuriel: indicaba que se sentía alertado.

—Calma, no hay nada que temer —murmuró acariciando al animal para tranquilizarlo. El qisiahn no dejó de manifestar inquietud, continuando la marcha a paso lento.

—¿Qué será lo que le asusta? —preguntó su hermana, tan asombrada como Yuriel. Antes de que ella pudiera contestar, señaló a la lejanía—. ¡Ya hemos llegado!

El rebaño se localizaba poco más adelante. En vez de hallarse repartidos por la zona pastando como de costumbre, los animales estaban pegados unos contra otros, resoplando con mucho nerviosismo. El joven qisiahn salió corriendo bajo los gritos de Yuriel, y se colocó entre los demás, intentando resguardarse.

—¡Yuriel, menos mal que has venido! —exclamó el cuidador. Tenía grandes dificultades para mantener el control del rebaño. Los qisiahn no obedecían sus indicaciones, y se resistían a moverse—. ¡Es un desastre!

—Algo les preocupa —dijo ella, acercándose al áfilo—, pues ni siquiera habéis llegado a la zona de pasto.

—Los qisiahn no quieren avanzar más —comentó el pastor—. Llevan toda la mañana comportándose de forma extraña, asustados, y se negaban incluso a salir del cercado. Parece que intuyen una desgracia, y no les falta razón.

—¿Qué has averiguado?

—No sabría explicarlo —comentó el áfilo. Levantó la mano, y señaló a lo lejos—. Solamente sé que hemos perdido la zona de pasto. Ya no tiene ninguna utilidad para los qisiahn. Puedes comprobarlo por ti misma y darme tu opinión, si lo deseas. Te acompañaría, pero no debo separarme de los animales, o alguno podría salir corriendo y perderse.

Yuriel y Yosumi se miraron, realmente desconcertadas. Hicieron caso a las indicaciones del áfilo y se alejaron para adentrarse más en la floresta, dirección a la zona de pasto. No se situaba lejos, y lo alcanzaron en poco tiempo.

—Yuriel... —fue lo único que dijo Yosumi, agarrándose firmemente a las ropas de su hermana. Ambas se habían detenido, sobrecogidas con lo que veían—. Yuriel, ¿qué le pasa a la floresta?

Ella quiso contestar, pero no se le ocurría nada que tuviera el suficiente sentido para dar una explicación de lo que sus ojos vislumbraban. En esa parte del bosque, todo se veía diferente, con una apariencia lúgubre. La vegetación estaba completamente marchita, pues únicamente quedaba tierra ennegrecida. Lo mismo ocurría con los árboles de la zona, cuyos troncos se mostraban secos y retorcidos sobre sí mismos, dejando caer sus ramas al suelo flácidamente y sin fuerza para mantenerse erguidos. De la noche a la mañana, la floresta había perdido su color y esplendor, y una densa niebla cubría la superficie, consumiendo la vida a su paso.

—Jamás había visto nada como esto —dijo Yuriel al fin.

—Da miedo —murmuró su hermana apretándose a ella—. La niebla se mueve hacia nosotras...

—Volvamos con los qisiahn. Es mejor no quedarse en este lugar mucho tiempo, por si es peligroso.

Regresaron en silencio junto al rebaño, aún sin entender qué había provocado ese brusco cambio en la floresta. Cuando llegaron, vieron que los qisiahn resoplaban con mayor fuerza y emitían unos sonidos agudos, cada vez más inquietos por la situación. El pastor trataba de aproximarse a ellos, pero los animales retrocedían unos pasos, desconfiados.

—¡Ah, no hay manera! —exclamó el áfilo con desesperación. Después se dirigió a las hermanas, moviendo la cabeza de un lado a otro—. En estas condiciones, los animales no se alimentarán. Los guiaré de nuevo al pueblo y usaremos las provisiones guardadas para los casos de emergencia.

—¿Cómo es posible que los árboles alteren su forma de esa manera en una sola noche? —quiso saber Yuriel—. ¿Tienes idea de lo que ha causado que el bosque muestre este aspecto?

—Nada que lo justifique —negó el cuidador—. Pero los qisiahn se comportan así cuando perciben que se acerca algo, pues son muy intuitivos. Quizás esté relacionado con esa niebla tan extraña... ¡Por los dos soles! Sea lo que sea, si se propaga, toda la floresta quedará arruinada.

—Hay que avisar a los demás.

—Apresuraos en ir a Kaikem y pedir a los cazadores que inspeccionen la zona —el áfilo lanzó un suspiro, cruzándose de brazos—. Yo me encargaré de regresar con los qisiahn, si es que consigo que me obedezcan.

Se despidieron del áfilo y ambas emprendieron el camino de vuelta al pueblo. Pese a alejarse de ellos, todavía escuchaban los sonidos de alerta de los animales, y la voz del pastor intentando convencerlos de que le siguieran.

Durante el viaje de vuelta observaron que, con el paso del tiempo, el cielo se oscurecía más, como si se acercara la noche. Pero, en realidad, apenas rozaban los primeros momentos del mediodía, lo que resultaba inquietante.

Cuando entraron en Kaikem, descubrieron que las antorchas estaban encendidas, para mantener el lugar iluminado. Todos se encontraban agrupados en un círculo alrededor de Yaumei, señor de los áfilos. Murmuraban en voz baja, pareciendo muy incómodos por el ambiente del día. Yuriel y Yosumi se acercaron a su madre, que también se hallaba allí, en silencio.

—Me alegro de verte, Yuriel —anunció Yaumei al percatarse de su presencia—. ¿Ya reuniste al joven animal con los demás qisiahn?

—Sí, pero no he venido por eso. El pastor solicita la ayuda de los cazadores, ya que hay problemas en la zona de pasto, y resulta imposible controlar a los animales.

—¿Qué clase de problemas? —Yaumei se sorprendió con las palabras de Yuriel.

—El lugar ha cambiado de aspecto. Una espesa niebla lo cubre ahora, secándolo todo a su paso. El rebaño se siente muy asustado, y se comportan como si se acercara algún peligro.

—¡Eso es horrible! —los áfilos no tardaron en lamentarse por ello, aumentando su preocupación—. ¡Hasta los animales intuyen lo que está aconteciendo!

—¡Calma, calma! —Yaumei levantó las manos, tratando de tranquilizarles. Después se dirigió a un grupo de cazadores—. Primero nos ocuparemos de que nuestro compañero regrese sin contratiempos. Dos de vosotros os encargaréis de custodiar la vuelta del rebaño, y otros dos iréis a inspeccionar la zona de

pasto, pero sin correr riesgos innecesarios. Si encontráis algo que sea una amenaza, no dudéis en avisarnos.

—Enseguida volveremos con noticias —dijo uno de los cazadores antes de marcharse.

—¿Por qué están tan asustados? —preguntó Yuriel a su madre. Ella abrió la boca y, antes de responder, miró a Yosumi.

—Querida, ve a jugar con los demás pequeños, sin apartaros de las cabañas —Yhana se aseguró de que Yosumi se alejaba lo suficiente para no oírla y, después habló bajando el tono de su voz—. No queremos que los más jóvenes se enteren todavía. Lo cierto es que hay mucha preocupación. Los cazadores no encontraron ninguna presa, y hallaron restos de animales muertos, despedazados por alguna criatura. El bosque está demasiado silencioso, y han visto varias zonas con esa misma niebla de la que tú hablas. Nadie es capaz de explicar el motivo, y no sabemos qué hacer.

—¿Y ahora qué? —preguntó un áfilo, rompiendo el silencio—. No solo ha enfermado una parte de la floresta, sino que se está extendiendo... Es un asunto muy grave.

—¿Y si es peligroso? —intervino otro—. ¡La conducta de los qisiahn nos avisa de un suceso inminente!

—Estoy tan sorprendido y preocupado como vosotros, pero seguro que existe una razón para esto —anunció Yaumei recuperando la palabra. Guardaron silencio, dispuestos a oír su opinión—. Hubo un caso semejante hace años, en el que el bosque enfermó por una alimaña ajena a Kourlem. Ya sabemos lo que ocurre cuando una criatura de otro reino o dominio se adentra.

—¿Crees que hay un animal extraño alterando el equilibrio de la floresta?

—Es posible que Yaumei tenga razón. Algunos recordamos ese acontecimiento... Lo único que debemos hacer es localizar a la criatura y cazarla o expulsarla de nuestro dominio.

Los áfilos empezaron a hablar entre ellos, de acuerdo con las palabras de Yaumei. Estaban convencidos de que un animal extraño merodeaba por los alrededores, marchitando los lugares por donde pisaba, y perturbando el resto.

—Lamento comunicaros que os equivocáis —Yahida alzó la voz, acercándose y colocándose en medio. Algunos áfilos se quejaron, molestos por la intervención de la anciana. Pocos apreciaban sus palabras, que siempre estaban llenas de presagios que decía conocer. Muchos la temían por el aspecto de sus ojos blancos, sin pupilas, ya que padecía una grave ceguera desde su nacimiento. Lo que les asustaba era que eso no le impedía desenvolverse perfectamente en el bosque y caminar sin necesidad de ayuda, pues nunca tropezaba—. No es una alimaña a lo que nos enfrentamos, sino a un terrible mal que se avecina hacia

Kaikem, nunca visto en estos tiempos. La floresta se resiente, e intenta advertirnos con todos esos augurios, para que nos preparemos.

—¡Vieja pesimista! —los áfilos no tardaron en protestar—. ¡Siempre tratando de propagar el terror sin motivo alguno!

—Este es un asunto importante, Yhana... No es momento para tus invenciones.

—Si prestarais atención a las señales del bosque, vosotros os daríais cuenta —continuó Yahida, haciendo caso omiso—. El cielo se ha oscurecido, la vegetación muere, y los habitantes de la floresta han huido a zonas más profundas de Kourlem para esconderse. Incluso los qisiahn no desean seguir en este lugar, porque saben que hay una amenaza. Yo misma he escuchado la voz de la brisa, que arrastra el nombre Okraem y su despertar.

Todos se quedaron en silencio, boquiabiertos ante el convencimiento de Yahida. Momentos después, los áfilos estallaron con fuertes exclamaciones y quejas, llenos de incredulidad.

—¡Por los dos soles, que alguien haga que se calle!

—De todas las explicaciones que pueden existir para esta fatalidad, escoge la más absurda. ¡Qué locura!

—¡Olvidémonos de la anciana y pensemos de verdad en una solución! Está claro que hay problemas, pero tampoco debemos exagerar... ¡Okraem ni siquiera es real!

—¡Os pido calma! —Yaumei levantó las manos—. ¡No permitamos que esta situación nos enfrente unos contra otros, pues solamente juntos lograremos resolverlo con éxito!

—Necesitamos a Tutaim —sugirió otro áfilo—. ¡Él nos dirá qué se esconde detrás de esto!

—¡Vayamos a buscarlo al templo!

—El monje se ha marchado de Kaikem —dijo Yahida. Algunos murmuraron, sorprendidos por la noticia—. Anoche, los hontag solicitaron su presencia con urgencia, pues ellos también son conscientes del peligro que acecha a Raideim.

—¿Cómo es posible?

—¿Es eso cierto?

—Yahida dice la verdad —confirmó Yaumei—. Los habitantes de Kranhald encendieron las antorchas para convocar al monje, y Tutaim tuvo que partir de inmediato en mitad de la noche.

—¿Los hontag encendieron las antorchas? —aquello les resultó tan alarmante a los áfilos, que se llevaron las manos a la cabeza—. Algo terrible debe

acontecer, pues Kranhald solo las prendería en casos de gran necesidad y, desde la Gran Guerra, nunca se había dado esa situación...

—Lo mejor será mantener la calma y esperar su regreso —recomendó Yaumei—. El monje nos dará una respuesta y los pasos a seguir. Quizás en Kranhald descubrieron la aparición de esa niebla extraña, y quisieron advertirnos.

Los áfilos se mostraron de acuerdo con Yaumei, creyendo que estaban exagerando al dejarse llevar por el temor. Pero, al mismo tiempo, se sentían preocupados e inquietos, sin saber por qué. Todos notaban que algo se avecinaba, y el no conocer de qué se trataba les incitaba mucha tensión.

Entonces escucharon unos gritos de aviso. Varios cazadores aparecieron, anunciando el retorno de Tutaim. Pronto oyeron los cascos de su caballo, y esperaron con expectación su presencia.

—¡Buen día, mis queridos áfilos! —el monje se asombró por encontrarles reunidos en vez de hallarles realizando sus tareas cotidianas.

—¡Eres el único capaz de detener esta locura, monje! —suplicó un áfilo—. Necesitamos tus palabras tranquilizadoras para continuar con nuestras ocupaciones, o el pueblo se sumirá en el caos. ¡Díselo, Yaumei!

—Como ves, Kaikem está muy preocupado —informó Yaumei al monje—. No solo es por el aspecto del cielo, sino por la floresta. Hemos localizado lugares invadidos por una niebla que destruye la vegetación. La zona de pasto quedó inservible, y los qisiahn se muestran asustados, porque intuyen que algo no va bien... Nos gustaría conocer tu opinión y consejo, pues no sabemos si dar la voz de alarma.

—Entiendo vuestras inquietudes —murmuró Tutaim posando la mano en el hombro de Yaumei—. Yo mismo observé en el viaje los estragos que ha causado esa bruma, y desde Kranhald también se percibe que todo el dominio de Kourlem se cubre con oscuras nubes. Tienen un color extraño, y no han descargado ni una sola gota de agua... Resulta insólito, hasta para mí. Imagino que has prestado atención a las señales de la floresta, Yahida. ¿Cuál es tu interpretación?

—El bosque revela un gran peligro acercándose —contestó ella. Los áfilos se sorprendieron por el interés del monje en la opinión de la anciana, pues ellos consideraban que su mente era presa de la perturbación, y sus palabras no tenían ninguna credibilidad—. La niebla y el viento portan el nombre de Okraem como el causante de este mal.

—¡No la escuches, Tutaim!

—¡Está demente, cree que Okraem existe! ¡Solo quiere asustarnos!

—¡No os peleéis y mantened el orden! —exclamó Yaumei, cansado de los gritos indignados en contra de Yahida. Cuando todos se callaron, se dirigió al monje—. ¿Qué hay de Kranhald, Tutaim? ¿Por qué convocaron tu presencia?

—En estos últimos días, los hontag han recibido la llegada de muchos viajeros, buscando refugio y protección. Anoche apareció un gran número de ellos, moribundos, todos pertenecientes al reino de Keorn, el más cercano a las tierras de Okraem. Aseguraban que fueron atacados por los narkyss, las criaturas de su ejército. Los rumores hablan de que el reino de Keorn ha sido destruido, y que ya no queda nadie con vida allí. También dicen que el cambio en el aspecto proviene de ese territorio, y se extiende por Raideim, que se resiente por ello.

—¿¡Okraem!? —Yaumei no daba crédito a aquella noticia. Los demás áfilos murmuraron con temor, ya que no había motivos para dudar del monje ni de los hontag—. ¡Por los dos soles, no es posible! ¿Qué haremos ante eso?

—Es improbable que se trate realmente del despertar del mal —anunció Tutaim—. La presencia de sus engendros no significa que ahora camine entre nosotros. Parte de su ejército ha perdurado al paso de los siglos, pero no son más que restos de lo que fueron antaño. Habrán invadido el reino vecino al quedarse sin suministros en sus tierras, por lo que hablaríamos de un hecho aislado del que no preocuparnos.

—Si los engendros se hallan lejos de nuestro alcance, ¿por qué la floresta parece tan afectada? —quiso saber un áfilo.

—Los hontag también me convocaron para advertirnos de que avistaron a una criatura adentrándose en ella. Desconocen qué es, pero querían hacérselo saber. Posiblemente sea alguna bestia del territorio de Keorn buscando cobijo en otros lugares. Recomiendo que los cazadores organicen un grupo de vigilancia, para custodiar los límites del pueblo y mantener a los áfilos a salvo.

—Yo mismo me ocuparé de ello —asintió Yaumei.

—Bien. Cuando hayas acabado, reúnete conmigo en el templo, pues necesito hablar contigo a solas —el monje levantó las manos y alzó la voz, dirigiéndose a todos—. ¡Pido a los áfilos que no se alejen de Kaikem bajo ningún concepto, hasta que esa bestia sea localizada! Continúad con vuestras ocupaciones, y no os dejéis llevar por el temor. Pronto se solucionará y volveremos a la normalidad.

—Agradecemos tus sensatas palabras, Tutaim —anunció un áfilo con gratitud.

—Tus intenciones de mantener la calma entre los áfilos son bondadosas —Yahida se acercó al monje, mientras los demás se marchaban hacia las cabañas y se concentraban en sus tareas para olvidar las inquietudes—. Pero ambos conocemos la verdad de lo que se cierne sobre nosotros... Has de saber que no soy la única que percibe un peligro inminente. La floresta trae rumores acerca de alguien más, aquí entre nosotros, con la revelación del despertar de Okraem.

—Yosumi... —murmuró Yuriel tras escuchar a la anciana. Ella y su madre miraron a Yahida confusas, ya que parecía referirse a la pequeña y la pesadilla que tuvo esa misma mañana. Sin mencionar nada más, Yahida se fue, dejando a las áfilas a solas con Tutaim.

—¿Me concederíais unos momentos de vuestro tiempo para conversar? —preguntó el monje. Ellas asintieron, y le acompañaron hacia una parte alejada del pueblo, donde nadie les oyera.

—Tutaim, dime que la anciana no hablaba de mi hija —rogó Yhana llena de inquietud.

—Yahida posee un gran don —declaró el monje mientras caminaban—. A causa de su ceguera, ha desarrollado con el paso de los años una fuerte conexión con la naturaleza y lo que le rodea, interpretando todas las señales con sabiduría, como cualquier animal... Debemos confiar en ella. ¿Es cierto que Yosumi tuvo un sueño revelador?

—Esta mañana despertó asustada por una pesadilla —comentó Yuriel—. Dijo que vio unos monstruos recorriendo Raideim y destruyéndolo. También mencionó que atacaban Kaikem, y que era algo horrible... Ella no sabía si era un presentimiento, pero nosotras creímos que fue producto de su imaginación, y no le dimos importancia.

—Entonces no hay duda de que la mano de Okraem está detrás —murmuró Tutaim, pensativo—. Todas las señales indican su implicación. De alguna manera ha logrado despertar, pero es imposible que pueda escapar de su confinamiento...

—¿A qué te refieres? —quiso saber Yuriel.

—Tras la época de la Gran Guerra, toda la magia se extinguió. Pese a que el mal y los seres de Zoah't eran inmortales y nunca dejarían de existir, la falta de poder les hizo caer en un letargo eterno del que únicamente la magia rompería.

—En Raideim ya no queda nada de magia, por lo que Okraem no puede levantarse de nuevo —Yuriel comprendió los pensamientos de Tutaim.

—Exacto. Pero las señales indican lo contrario. Quizás algo que desconozco provocó que llegara su despertar...

—¿Qué será de nosotros si es cierto que ha vuelto? —pregunto Yhana.

—Sin la ayuda de los habitantes de Zoah't, supondría una guerra perdida antes de empezarla, pues no disponemos de medios para enfrentarnos a él —el monje soltó un suspiro. Le costaba aceptar que hubiera algo que se escapara de su entendimiento, y eso le causaba intranquilidad—. Por ahora, permaneceremos atentos a las señales que recibamos. En el peor de los casos, tendremos que abandonar Kaikem y adentrarnos más en la floresta, para ocultarnos de los ojos

del mal... Pero no nos adelantemos aún a los acontecimientos. Me ocuparé de investigar y averiguar la verdad, antes de tomar una decisión. Me gustaría que hablarais con Yosumi para que nos cuente lo que recuerda de esa visión que tuvo. Cualquier detalle, por insignificante que parezca, podría ser una pista acerca de la situación que vivimos. Y no dudéis en llamarme si vuelve a tener algún sueño relacionado con todo esto: una premonición suya sería vital para nuestra supervivencia.

Yuriel y su madre asintieron, guardando silencio al ver a Yaumei acercándose, que ya había terminado de hablar con los cazadores. Tutaim le hizo un gesto para que le acompañara al templo, y ambos se fueron, murmurando en voz baja.

Yuriel soltó un largo suspiro y levantó la mirada, viendo que el día se apagaba más a cada instante. Pese a que se encontraban en los primeros momentos de la tarde, parecía que ya se avecinaba la noche sobre la floresta. La llegada de las tres lunas prometía ser especialmente oscura, y les dejaría a todos en la absoluta penumbra, lo que aumentaría el nerviosismo entre los áfilos.

—Tu rostro refleja malestar, querida —Yuriel sonrió al notar la cálida mano de su madre en el hombro. Ella permanecía a su lado, esperando a que se movieran—. ¿Te preocupan las palabras de Tutaim?

—Estoy pensando en Yosumi. ¿Le diremos que ese sueño que tanto le ha aterrado podría convertirse en realidad? Es demasiado pequeña para comprenderlo, y se asustaría tanto...

—Le contaremos la verdad. Es una áfila fuerte, y procuraremos que no sufra por ello. Todo irá bien.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso? —preguntó Yuriel, incapaz de mostrar la misma templanza que su madre—. ¿No temes que ocurra algo terrible en Kaikem si las bestias nos encuentran? Sería el fin para nosotros.

—Somos áfilas, Yuriel. Durante años hemos subsistido y convertido en hogar un lugar que nadie dominaba. Quién sabe las dificultades a las que hicieron frente nuestros antepasados por la supervivencia de nuestra raza. Nosotros también resolveremos lo que venga. ¿Recuerdas la frase favorita de tu padre? Él nos la enseñó para que ese sentimiento no oprimiera nuestros corazones.

—“El temor no tiene piedad, ni te proporcionará paz” —Yhana sonrió al comprobar que las palabras de su amado todavía perduraban en la memoria de su hija. En ese momento, Yuriel se acordó de la conversación que tuvo con Tutaim acerca de él y su triste destino—. Ojalá estuviera aquí. Él siempre sabía qué hacer y decir en cada momento.

—Sí, es cierto. Con él me sentía a salvo de todo mal... Y gracias a tu padre aprendí a ser fuerte y no temer en esta vida, pese a su ausencia. Por eso sé que

Kaikem perdurará ante la adversidad, y no permitiré que os suceda nada. Pase lo que pase, permaneceremos juntas.

—Espero que así sea —Yuriel y su madre se abrazaron—. No imagino qué sería de nosotras si no te hallaras aquí.

—No dudo de que seguiríais siendo tan maravillosas como ahora. Cuidarías muy bien de tu hermana, porque eres un gran ejemplo para ella, y no existe en el mundo nadie a quien más admire que a ti. ¡Estoy tan orgullosa de vosotras!

Desviaron la vista al escuchar la voz de Yosumi, que se encontraba con los demás pequeños.

—Volvamos a la cabaña —anunció Yhana—. Prepararemos una comida deliciosa para Yosumi, y hablaremos con ella de esa premonición.

Caminaron de nuevo hacia las cabañas. Los áfilos paseaban nerviosos por el pueblo y sin saber qué hacer, pues muchos de ellos no podían realizar sus tareas al no tener permiso para salir de Kaikem. Sus inquietudes eran razonables; el ambiente se notaba cargado, y no se oía absolutamente nada: la floresta parecía vacía de toda vida. La llama que proporcionaban las antorchas formaba un siniestro juego de luces y sombras, moviéndose de un lado a otro, como si se trataran de oscuras criaturas.

De repente, uno de los cazadores emitió un grito de advertencia. Se localizaba cerca, posado sobre una de las casas, con su arco preparado y observando alrededor, tratando de vislumbrar algo que había llamado su atención.

—¿Qué ocurre? ¿Qué has visto? —preguntó un áfilo asustado.

—¡La niebla se nos echa encima! —el cazador señaló a las afueras de Kaikem. Los demás exclamaron con sorpresa al ver que aquello era verdad. La bruma se había extendido rápidamente, llegando hasta los límites del pueblo—. ¡Creo que algo se mueve dentro de ella!

—¡Vigilad esa niebla! —ordenó Yaumei, ya de vuelta tras hablar con el monje—. ¡Asegurad la aldea!

Los cazadores prepararon sus armas y prestaron atención, intentando distinguir cualquier cosa en el interior de la espesa bruma. Los áfilos quedaron paralizados y guardaron silencio, mirando alrededor con recelo. Una extraña e inquietante calma los envolvió durante unos breves momentos, que pronto se rompió al percibir el sonido de algo escondido entre los matorrales. Se alarmaron al darse cuenta de que no solamente procedía de un lugar, sino que se trataba de varias criaturas, pues el ruido se localizaba por todas partes.

—¡A las cabañas! ¡Refugiaos en las cabañas!

—¡Narkyss!

Aquello fue lo último que pronunciaron los cazadores antes de que un grupo de engendros invadiera el pueblo. Eran narkyss, pertenecientes al ejército

de Okraem. Pese a no ser muy corpulentos ni tan altos como los áfilos, conseguían intimidar con su aterrador aspecto. Aunque la mayor parte de su cuerpo se cubría con armaduras negras de metal, dejaban ver que tenían la piel blanquecina, casi tan pálida que podían distinguirse sus oscuras venas bajo la piel. El rostro, al descubierto, mostraba que no poseían ojos, sino que sus cuencas se hallaban vacías y enrojecidas, como si brotara sangre oscura del interior. Sus cabezas eran huesudas, marcándoseles el cráneo, y carecían de orejas y pelo. Los dientes de sus fauces eran completamente negros, muy afilados y sobresalían de su boca. Portaban largas espadas y sus manos, llenas de garras afiladas, también les servían para desgarrar la piel de cualquier ser que se cruzara en su camino.

Los áfilos empezaron a correr, intentando alcanzar un lugar seguro, y los cazadores usaban sus arcos contra ellos. Todo el pueblo se sumió en un terrible caos, formado por los gritos de los aldeanos, y los agudos alaridos que emitían aquellos engendros.

—¿¡Dónde está Yosumi!? —Yhana se mantuvo al lado de su hija, buscando a la pequeña, que la habían perdido de vista. Asustada, Yuriel miró a su alrededor, deseando encontrarla a salvo. Pero se lamentó al ver que un narkyss se había fijado en ella, y un cazador intentaba defenderla—. ¡Yosumi!

—¡No! —exclamó Yuriel cuando el cazador no pudo hacer nada más ante la violencia del engendro, y cayó al suelo sin vida, dejando a su hermana indefensa. Salió corriendo pese a la llamada de su madre, decidida a ayudarla. En el momento en el que el engendro se dispuso a agarrar a la pequeña, Yuriel se arrojó sobre él, empujándole unos pasos atrás. El narkyss la amenazó con su arma y se acercó, preparándose para ensartarla con ella. La áfila se fijó en el cuerpo del cazador, viendo que había dejado caer su arco con una flecha al lado. Lo cogió apresuradamente y preparó la flecha, disparando antes de que se le echara encima. El engendro paró repentinamente, llevándose las manos a la garganta. En poco tiempo, se desplomó al suelo, ante la mirada horrorizada de Yosumi y el aliento entrecortado de Yuriel—. ¿Estás bien? ¿Te han herido?

—¡Son los monstruos de mi sueño, Yuriel! ¡El sueño se ha cumplido!

—Lo sé —asintió su hermana. La pequeña la contempló con los ojos abiertos de par en par, aterrada.

—¡Yosumi! —Yhana logró llegar hasta ellas y abrazó a Yosumi, aliviada de encontrarla con vida—. ¡Yuriel, tenemos que irnos de aquí...!

—¡Cuidado! —profirió Yuriel. No les dio tiempo a moverse, pues otro narkyss se interpuso en su camino, desafiante. Ella hizo una señal a su madre para que se apartara y huyera con Yosumi—. ¡Marchad a un lugar seguro, vamos!

Su hermana gritó, pidiendo que fuera con ellas, pero Yhana comprendió que no quedaba más remedio, y que Yuriel quería protegerlas. Agarró a la pequeña, obligándola a alejarse de los narkyss.

El engendro lanzó un alarido molesto por ello, pero decidió encargarse primero de Yuriel. Ella aún poseía en sus manos el arco del cazador, aunque no disponía de ninguna flecha para poder usarlo. Buscó en el suelo, mas nada estaba a su alcance, hasta que se fijó en la espada del engendro abatido. Esquivó el intento de espadazo del narkyss y corrió para apoderarse del arma. Aferró la empuñadura con firmeza y detuvo la espada del engendro, a poca distancia de su rostro. Apenas recordaba los movimientos correctos para manejar una espada, pues hacía años que no practicaba con los cazadores. Por suerte, algunos recuerdos permanecían dentro de ella, los suficientes para defenderse hasta encontrar el momento de huir.

Ambas hojas chocaron con un fuerte sonido, y Yuriel aprovechó la confusión del narkyss para asestarle una patada. Retrocedió con un gruñido, e inmediatamente gritó al ver que blandía su arma hacia él, sin lograr detenerla. La hoja de la espada estaba tan afilada que apenas le costó a Yuriel cruzar su cuello de un lado a otro, decapitándole. Su cabeza rebotó en el suelo, bajo sus exclamaciones de repulsión.

Buscó a su madre y su hermana, pero no consiguió distinguir las en aquel caos. Llamó a Yosumi, mas no reconocía su voz entre tantos gritos de terror. Los narkyss se hallaban por todo el pueblo persiguiendo a los áfilos, que huían horrorizados mientras otros intentaban ayudar a los más pequeños y sus madres.

Finalmente, Yuriel localizó a su madre, que escondía con sus brazos a Yosumi, tratando de protegerla de dos engendros que la rodeaban.

—¡Detrás de ti! —Yuriel abrió la boca al escuchar las advertencias de un cazador. Desvió la mirada y vio que otro narkyss se encontraba muy cerca de ella, sin darle tiempo para reaccionar. Una de las flechas del áfilo le acertó, justo cuando el engendro estaba a punto de hierirla. El narkyss, ya abatido, cayó a los pies de Yuriel, exhalando su último aliento, y el cazador se aproximó a ella, aliviado—. ¡Por los dos soles, ha faltado poco!

—¡Yuriel! —la áfila se dio cuenta de que Yosumi ya no estaba junto a su madre, sino que uno de los dos narkyss se había apoderado de ella, alejándola del pueblo—. ¡Ayúdame!

Ella corrió lo más rápido que le permitieron sus piernas. El áfilo le acompañaba, con una flecha preparada en su arco. Inconscientemente, Yuriel miró a su alrededor, buscando a su madre, pero no logró localizarla por ninguna parte. Un narkyss se interpuso en su camino, obligándoles a detenerse.

—¡Yo me encargo! —el cazador se enfrentó a él—. ¡Ve por Yosumi, no te detengas!

Yuriel continuó atravesando Kaikem, sorteando áfilos y engendros por el camino, deseando llegar hasta su hermana, que gritaba pidiendo ayuda. Cuando ya estuvo cerca de ella, el engendro paró y colocó la espada en su cuello, emitiendo gruñidos de amenaza para que no avanzara más.

—¡Suéltala! —gritó Yuriel. El narkyss, como respuesta, lanzó grandes carcajadas, sabiendo que ella no tenía nada que hacer ante él.

—¿Crees que puedes detenernos, áfila? Hemos recorrido demasiado para encontrar lo que estábamos buscando... ¡Regresa a tu aldea y muere junto a los demás!

—¿Buscando? ¿Qué queréis?

—Yuriel, mamá... —Yosumi miró a su hermana horrorizada, con grandes lágrimas cayendo por sus mejillas. Sollozó con más fuerza al sentir que el engendro se alejaba, arrastrándola con él. Yuriel dio un paso, pero el narkyss apretó la hoja contra la pequeña, dándole a entender que la heriría si no les dejaba marchar.

La áfila abrió la boca al ver a Tutaim avanzando entre los árboles sigilosamente. Le hizo una señal para que guardara silencio, mientras se posicionaba tras el engendro, sin que él sospechara nada.

—Pronto os dará igual —continuó el narkyss—, porque Okraem volverá a alzarse, y todo Raideim se rendirá a sus pies...

El narkyss profirió sus últimas palabras antes de que el monje le atravesara con su espada, arrebatándole la vida. Yosumi se abalanzó a los brazos de su hermana después de ser liberada.

—¡Yosumi! —Yuriel se aseguró de que no se encontraba herida, y soltó un suspiro aliviada, abrazándola—. ¡Gracias a las deidades que estás bien! Menos mal que has aparecido, Tutaim.

—El ataque ha acabado, por ahora —el monje posó su mano en el hombro de Yuriel. Aquello era cierto. Varios cazadores informaban a voces que ya no quedaban más engendros en Kaikem. Yaumei los convocó a todos, para asegurar la zona. Los gritos de terror y caos formado por unos interminables momentos se transformaron en lamentaciones y sollozos por lo acontecido—. ¡Qué terrible desgracia nos rodea!

—¿Dónde está mamá? —Yuriel preguntó a su hermana. Ella le miró fijamente y, cuando estuvo a punto de decir algo, comenzaron a brotar grandes lágrimas de sus ojos, llorando desconsoladamente—. Yosumi... ¿Qué ha pasado?

—Creo que será mejor que ella no te acompañe en estos momentos —dijo Tutaim tendiendo la mano a la pequeña. Pese a no poder ver la expresión de su rostro, Yuriel supo que sus palabras denotaban tristeza—. Ve con los demás áfilos, pues deberías saber lo ocurrido. Ellos te lo mostrarán.

Tutaim hizo que Yosumi se refugiara con él, y señaló con la mano un lugar, cerca de las cabañas. Un grupo de áfilos se reunía allí, mirando al suelo y con los brazos cruzados. Yuriel contuvo la respiración antes de acercarse, sin querer confirmar sus sospechas.

Kaikem se había convertido en un reguero de sangre, con los cuerpos de los narkyss esparcidos por los alrededores. Dos áfilos regresaban arrastrando a un cazador fallecido, llevándolo junto a Yaumei y los demás.

Finalmente, soltó todo el aire y caminó apresuradamente hacia allí.

—Yuriel, no sé si deberías acercarte —dijo Yaumei levantando las manos—. No tienes por qué presenciar esto...

—¿Dónde está? —pregunto ella haciendo caso omiso—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Cuánto lo siento, querida! —exclamó una áfila entre grandes sollozos. Todos se apartaron, para dejarle ver aquella terrible escena. En el suelo, reposaban los cuerpos de varios aldeanos fallecidos, entre los que se incluía su madre, con los ojos abiertos y su mirada apagada. De su pecho brotaba mucha cantidad de sangre, a causa de una profunda herida. Las piernas de Yuriel empezaron a flaquear y cayó de rodillas, junto a su madre. Colocó las manos temblorosas sobre su cuerpo, sin saber bien cómo reaccionar—. ¡Lo vi todo y no pude hacer nada por ella...! Un engendro quería coger a Yosumi, pero Yhana no se lo permitió. Mantuvo a tu hermana a salvo entre sus brazos todo el tiempo que pudo... Ese ser despreciable no tuvo ninguna compasión con ella, y luego se llevó a Yosumi. ¡Menos mal que la pequeña está salvo, o su muerte hubiera sido en vano!

—Oh, no... Mamá...

—Ya no queda nada que hacer por ella, Yuriel —anunció Yaumei—. Lo siento.

Ella no respondió a ninguna de las palabras que mencionaban. Permaneció largo tiempo mirando fijamente a su madre, e imaginando la terrible escena de ella tratando de proteger a su hermana, lo que le provocó un fuerte escalofrío.

—Ha sido culpa mía —fueron las únicas palabras que salieron de su boca, ante el asombro de todos—. No debí separarme de ellas... Fui incapaz de protegerlas.

—Eso no es cierto, no eres responsable de esto —una áfila posó la mano en el hombro de la joven, pero Yuriel la apartó rápidamente—. Ahora hay que pensar en los que han sobrevivido, porque no estamos exentos de peligro.

—No la abandonaré aquí de esta manera —Yuriel negó con la cabeza.

—Debe alejarse de este lugar, o enloquecerá —comentó otro áfilo con preocupación.

—No atenderá a razones, está conmocionada —pese a escuchar la voz de Tutaim, Yuriel siguió petrificada en el suelo—. Pido a los áfilos que se refugien en el templo de Kaikem. Los cazadores custodiarán el paso hasta que todos os encontréis a salvo, por si se produce un nuevo ataque. Recomiendo que no permanezcáis mucho tiempo expuestos, pues no sabemos qué más rondará por la floresta.

—Yuriel, el monje tiene razón —dijo una áfila. Ni siquiera quiso saber quién era—. Debemos irnos...

De repente, notó que alguien tiraba de ella, tratando de levantarla. El temor de no volver a ver a su madre hizo que, de lo más profundo de sus entrañas, dejara escapar un fuerte grito que resonó en Kaikem y sorprendió a todos, que la soltaron y se apartaron, muy desconcertados. Su respiración se entrecortó, y sintió que le faltaba el aliento.

—Yo me ocuparé de ella —anunció Tutaim tras unos momentos de silencio—. Cuando os hayáis refugiado en el templo, enviad a los cazadores aquí, pues he de pedirles un favor. Yuriel y yo nos reuniremos con vosotros pronto.

Los áfilos se marcharon sin mencionar nada más, y el monje se agachó al lado de Yuriel, en silencio. Se mantuvo inmóvil, hasta que ella decidiera hablar.

—Tutaim, ¿puedes hacer algo por ella? Tus conocimientos son tan amplios que quizás dispongas de una solución.

—Amiga mía, no hay ninguna posibilidad de salvar a Yhana —el monje negó con la cabeza—. Tu madre no despertará.

—Yo debería estar en su lugar... —murmuró tras un breve momento de silencio. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y pronto recorrieron sus mejillas. Comenzó a llorar desconsoladamente, apoyándose en el cuerpo de su madre—. ¿¿Por qué me ha abandonado así!? Dijo que permaneceríamos juntas... ¿Qué voy a hacer ahora?

—Lamento tanto tu pérdida, querida amiga —anunció el monje mientras la rodeaba con los brazos. Su corazón se partía en mil pedazos al ver a la áfila tan afligida. Durante años se había encargado de proteger a aquellos seres, y en un breve instante les habían arrebatado la vida, lo que revolvía sus entrañas—. Nunca pensé que Yhana nos pudiera dejar de esta terrible forma. Kaikem ha caído en gran desgracia con este triste acontecimiento. Me parte el corazón ver tu pesar, y el desconsuelo que ha nacido en tu hermana... Pero te pido firmeza en estos duros momentos, porque Yosumi necesita tus cuidados y compañía más que nunca.

—No puedo, Tutaim. ¿Cómo saldré adelante después de esto? ¡Ni siquiera me siento preparada para cuidar sola de Yosumi! Si le ocurriera algo a ella también, yo...

—Nos aseguremos de que no sea así. Los áfilos y yo os tenderemos la mano, para ayudaros a las dos a superar el desánimo. Sois hijas de Yhana y Yuloem, los seres con mayor fortaleza que jamás haya conocido. Sé que eres capaz de cualquier cosa, por imposible que parezca.

—Esta vez no —dijo Yuriel con un suspiro—. Mi deber era protegerlas, y he fallado... ¿Y si fracaso también con Yosumi? Es todo culpa mía.

—Ninguna de estas muertes son responsabilidad tuya, porque no eres una cazadora. Hasta los áfilos más experimentados con las armas han caído a manos de los narkyss, pues no sois guerreros. Aun así, Okraem ha decidido involucrarnos en su asedio...

El monje guardó silencio al oír que los cazadores se acercaban a ellos, esperando órdenes. Asintió con la cabeza y después se incorporó, ofreciendo su mano a Yuriel.

—Tranquila, pues aún no te despedirás de Yhana —indicó al darse cuenta de que ella le miraba con indecisión. Yuriel agarró su mano, y se levantó—. Tanto ella como los demás tienen nuestro respeto, y les proporcionaremos el homenaje que merecen. Los áfilos no abandonan a sus caídos.

Tras aquellas palabras, Tutaim pidió a los cazadores que cargaran con los cuerpos, para llevarlos al templo. Ellos se sorprendieron por su petición, aunque obedecieron sin oponerse. Yuriel contempló en silencio cómo el propio monje se encargaba de su madre, cogiéndola en brazos con suavidad. Un fuerte sentimiento de tristeza le invadió de nuevo, pero aguantó el aliento, para apaciguarse.

—Marchemos al templo —dijo Tutaim antes de emprender el camino—, pues tenemos asuntos vitales que tratar, amigos míos.

Querida Yuriel,

Dentro del reino de Blasfegaren y, en los límites del dominio de Kourlem, se desarrolla Kranhald.

¡Sin duda el primer destino al que te llevaré cuando seas mayor!

No conocerás lugar con tanta diversión y diversidad como este.

Es el pueblo más cercano a Kaikem, situado en lo alto de un gran cerro a las afueras de la floresta. Está rodeado por una ancha y maciza muralla que antaño sirvió para la defensa de sus aldeanos contra el mal.

Sus tabernas y hospedajes están repletos de seres diferentes, pues son de las más conocidas en Raideim. Los viajeros traen historias y leyendas de tierras lejanas y desconocidas. Cuando cae la tarde, todo se llena de cánticos, festejos y comentarios.

Mientras unos se deleitan con las mejores bebidas traídas por extravagantes mercaderes, otros hablan de sus aventuras, de los reinos de procedencia y las bestias cazadas, cuyos trofeos ofrecen a cambio de descanso y diversión.

Las casas de Kranhald son grandes, construidas con piedra y madera; algunas incluso disponen de varias alturas.

Sus habitantes son los hontag, y los reconocerás por su piel amarillenta, pelo rojizo y ojos grises redondeados, como sus orejas. Su altura es menor que la de los áfilos, y son algo rollizos. Desde el primer momento en que los conocí, descubrí lo agradables y serviciales que son con todo aquel que decide visitar su pueblo.

Pese a lo que puedan parecer, los hontag son buenos vecinos. Que un pueblo con tanto gusto por los visitantes, el comercio y el ocio se encuentre tan cerca de nuestra floresta podría ser peligroso para los áfilos. Pero ellos saben mantener nuestro hogar lejos de los ojos de seres desconocidos. No permiten que nadie se adentre en el bosque, ni hablan acerca de Kaikem.

Además, vigilan la floresta y se aseguran de que esté libre de bestias y seres no invitados. Gracias a ellos, Tutaim se mantiene informado de las noticias que surgen en Raideim, sin importunar nuestra intimidad y gusto por la soledad.

Te encantaría conocer a Harold, pues tiene tanto que contar... Kranhald es la mayor fuente de conocimiento que he encontrado hasta ahora, y los hontag consiguen que tu estancia allí siempre se alargue varios días.

*Con amor,
Yulbem.*

—Yuriel, ¿dónde está mamá? —preguntó Yosumi de repente, con los ojos todavía llenos de lágrimas. Su hermana abrió la boca para contestar, pero apenas salió un sonido de su garganta.

—Tu madre se encuentra en la sala de ceremonias, junto a los otros áfilos caídos —Tutaim se acercó a las hermanas y posó la mano en la cabeza de Yosumi—. Están siendo atendidos por los vigías, que se encargarán de dejarlo todo preparado para que podamos acompañar a nuestros familiares en sus últimos momentos, y despedirnos de ellos.

Yosumi asintió con la cabeza, comprendiendo que debía esperar pacientemente. Agarró la mano de su hermana con suavidad, y después apretó con fuerza, soltando un suspiro.

—¡Qué desgracia! —exclamó un áfilo llevándose las manos a la cabeza—. ¡Qué terrible desgracia para Kaikem!

Todos se encontraban en el jardín del templo de Kaikem, alrededor de la fuente de agua. Algunos sollozaban entristecidos por las pérdidas que habían tenido, y otros murmuraban con asombro, sin creer lo que acababa de acontecer. Los más pequeños se apretujaban a los mayores, llenos de temor, sin entender lo que ocurría a su alrededor.

Tutaim se hallaba en el centro junto a Yaumei, intentando sosegar a los áfilos y tratando de trazar un plan para actuar. Pero la situación era tan delicada e insólita, que ni siquiera el monje sabía qué hacer al respecto.

—¡Narkyss! —profirió otro—. ¿Cómo es posible que esos engendros existan?

—El reino del mal y su ejército no era más que una mera leyenda... ¿Qué significa esto?

—El mal siempre perduró en Raideim —Yahida caminó hacia Tutaim y se situó frente a los demás—, escondido entre la oscuridad, esperando a despertar y recobrar sus fuerzas tras la Gran Guerra. Y ahora, su letargo ha concluido... Quiere acabar lo que empezó, y recuperar el poder.

Las afirmaciones de Yahida asustaron tanto a los áfilos, que comenzaron a hablar al mismo tiempo, reprochándose unos a otros lo que sucedía.

—¡Guardad silencio! —Yaumei levantó las manos, para calmarlos a todos—. ¡Este no es momento para discutir entre nosotros, pues debemos mantenernos unidos, ahora más que nunca! Si no creéis a Yahida, preguntad a Tutaim. ¡Él sabe mejor que nosotros lo que acontece!

—Tutaim por favor, dinos la verdad —rogó un áfilo—. ¿Okraem ha despertado?

—Las palabras de Yahida no son falsas —asintió el monje—. Funestas eran las noticias que llegaban de otros reinos, y todo indicaba que la mano de

Okraem estaba detrás. Después de lo ocurrido hoy con los narkyss, no tengo duda de que el propio mal ha despertado, y nos hallamos bajo amenaza.

—¿Y qué es lo que haremos, Yaumei? —quiso saber uno de los cazadores—. ¡No somos suficientes para hacer frente a su ejército, ni tenemos capacidad para defendernos!

—Confiamos en las indicaciones de Tutaim, pues es quien tiene mayor conocimiento del propio mal que nosotros —contestó. Después se dirigió a él, suplicante—. ¿Cómo obraremos para escapar de Okraem?

El monje permaneció callado, pareciendo una figura de piedra. Le miraron atentos, esperando una respuesta esperanzadora.

—Primero honraremos a los difuntos —dijo Tutaim cuando un grupo de áfilos salió de la sala de ceremonias. Hicieron una señal para darles a entender que ya lo tenían todo preparado, y el monje se dirigió a la puerta—. Estamos pasando por un terrible momento, pero ellos dieron sus vidas por defendernos: merecen un homenaje y una despedida.

La mayoría se mostró de acuerdo con él. Guardaron silencio, dejando por unos instantes las exclamaciones y las críticas, para mostrar respeto y serenidad.

Entraron al interior de la sala, que era amplia y estaba bien iluminada con antorchas. La primera parte se ocupaba con varias filas de asientos de madera, que miraban hacia el fondo, donde había un altar. En él, descansaban unos receptáculos de piedra colocados en hilera, diez en total. Eran de un profundo color blanco, muy brillante. En su interior, reposaban los cuerpos de todos los aldeanos abatidos, incluido el de Yhana, que yacía en el receptáculo del centro.

—¡Yosumi! —la pequeña salió corriendo junto a su madre, y agarró su mano. Se escuchaban sus pequeños gemidos de tristeza y Yuriel fue junto a ella, tratando de consolarla. Por suerte, los vigías habían hecho un buen trabajo con los cuerpos, pues ya no quedaba rastro de sangre en ellos, y sus rostros mostraban calma. Todos se cubrían con un hermoso manto tejido con hojas curativas y flores—. Tranquila, está bien.

—¿Qué van a hacer con mamá? —preguntó Yosumi. Aún era muy joven para entender lo que se hacía con los fallecidos.

—Una ceremonia de despedida —contestó su hermana—. Cuando nuestros seres queridos se van, los cuerpos se quedan aquí, junto a nosotros, como el de mamá. Pero sus esencias ya no permanecen en este mundo, sino que se separan y quedan libres, buscando un lugar de reposo definitivo donde descansar en paz.

—¿Cuál es ese lugar?

—No se sabe con certeza —negó Yuriel—. Tomar esa decisión les corresponde a las deidades, que son las encargadas de venir para mostrar el camino

y custodiar la llegada al lugar de reposo, donde la esencia olvidará toda preocupación y alcanzará el descanso eterno.

—¿Las deidades vendrán a Kaikem para recoger a mamá?

—Por eso los preparamos aquí. Les envolvemos con un manto de hojas, para proteger su esencia con ayuda de la naturaleza, y sirve para llamar y esperar a las deidades. Después, cubrimos los cuerpos y dejamos que el fuego los purifique. Los restos serán esparcidos por los alrededores de Kaikem, donde nacerán flores grandes y hermosas, en recuerdo de su paso por esta vida.

—Yuriel, ¿crees que la llevarán a un sitio bonito donde estará contenta y a salvo?

—Eso espero. Junto a nuestro padre, que estará al otro lado esperando reencontrarse con ella de nuevo.

—Fue culpa mía... —dijo Yosumi con un hilillo de voz. Su hermana la miró con sorpresa—. Si el monstruo me hubiera cogido desde el principio, ella seguiría con vida. Hicieron daño a mamá por mi culpa...

—Entonces tú no estarías aquí, y mamá sentiría el mismo pesar que tienes tú ahora —la pequeña abrió la boca, comprendiendo las palabras de Yuriel. Trató de esconder su cara de ella, pero pudo ver que unas lágrimas caían por sus mejillas—. La culpable soy yo, por no ser capaz de protegeros a las dos.

Yosumi se apretujó a Yuriel, quien la abrazó con fuerza. Ella tampoco pudo evitar que de sus ojos se escaparan algunas lágrimas, y dio un largo suspiro.

—¿Qué es esta marca? —Yuriel alzó la vista al escuchar a uno de los áfilos, que sostenía la mano de un cazador abatido.

—¡La marca de la condena! —exclamó Yahida girándose hacia Tutaim—. ¡Los narkyss profanaron a los muertos!

—¿¡Qué...!?! —la voz de Yuriel se quebró al oír las palabras de la anciana. Cogió las manos de su madre y miró sus palmas, descubriendo un símbolo grabado en la piel de una de ellas. Aún quedaban restos de sangre, pero se podía distinguir que habían grabado un triángulo con un punto en el centro.

—No solo quiere arrebatar vidas, sino condenarlas para siempre —murmuró Tutaim tras acercarse a examinar sus manos. Todos ellos poseían el mismo símbolo—. Tienes razón Yahida, es la marca de la condena.

—¿A qué os referís? —quisieron saber los áfilos. Ninguno entendía lo que estaban hablando—. ¿Qué les han hecho a nuestros difuntos?

—Los narkyss graban este símbolo en la piel de sus víctimas —explicó Tutaim con tristeza—. De ese modo, las deidades no tendrán permiso para recoger sus esencias, pues el mal las ha reclamado como de su propiedad. Sin nadie que custodie su marcha al otro mundo, serán atraídas por el reino de Okraem, donde finalmente quedarán atrapadas en el interior de la Torre de las

Ánimas, un lugar que es utilizado para corromper esas esencias y usarlas en su propio beneficio.

—¡Es terrible! —exclamó una áfila comenzando a sollozar—. ¡La esencia de mi hijo será torturada...!

—¿Hay alguna manera de evitarlo? —preguntó Yuriel con gran preocupación. El monje negó con la cabeza, y dio un suspiro.

—Llevaremos a cabo la ceremonia, y rogaremos a las deidades que nos escuchen y vengan a custodiar estas esencias. Es todo lo que podemos hacer por ellos.

Todos asintieron y guardaron silencio, dejando que comenzara la ceremonia de despedida. Tutaim y Yaumei, en representación de los áfilos, se acercaron a los receptáculos de piedra. Entre los dos los sellaron con su envoltura, de la misma piedra blanquecina, y en cuyo centro había un agujero.

—Nos hallamos aquí reunidos, todos juntos, a causa de un funesto destino —dijo el monje cogiendo diez antorchas que, poco a poco, fue encendiendo con ayuda de Yaumei y otros áfilos—. Diez son los amigos que hoy nos han dejado, y diez los huecos vacíos en nuestros corazones. Gracias a ellos, nosotros nos mantenemos todavía con aliento, y no lo olvidaremos. Ruego a las deidades que nos escuchen y se acerquen para custodiar estas esencias que injustamente nos han sido arrebatadas... Necesitan ser guiadas hasta su lugar de reposo, y así poder descansar en paz.

Con aquellas palabras, Tutaim comenzó a introducir las antorchas en el interior de los receptáculos. Yosumi se apretó a su hermana cuando el monje se acercó al cuerpo de su madre y colocó la antorcha. En poco tiempo, vieron el humo saliendo por el agujero, y se oía un leve chisporroteo. Yuriel soltó un largo suspiro y bajó la mirada al suelo, mientras notaba unas lágrimas descendiendo por sus mejillas.

—Lamento mucho estas pérdidas, mis queridos áfilos —dijo Tutaim entristecido—. Jamás pensé que nos encontraríamos en tal situación.

—Procuraremos que no haya más víctimas —determinó Yaumei—. Sus muertes no serán en vano.

—Ahora que nos hemos despedido de los difuntos —sugirió Yahida—, deberíamos centrarnos en los vivos, pues aún nos encontramos en peligro. Los engendros no se han rendido y volverán para cobrarse más vidas.

—Tienes razón —asintió Tutaim haciéndoles una señal para que salieran de la sala—. Es momento de reflexionar y actuar antes de que sea demasiado tarde.

Todos se reunieron otra vez en el jardín del templo, junto a la fuente, que seguía emanando agua de manera sosegada, como si intentara calmar a los áfilos. Se produjo un gran silencio, hasta que surgieron las primeras preguntas.

—Sabemos que estamos atrapados —Ysoder rompió el silencio. Dio un paso adelante, en representación de los cazadores. Era el más respetado, muy ágil con el manejo del arco—. No creo que los narkyss hayan abandonado la floresta, y seguro que están ahí fuera preparando una nueva emboscada.

—¿Qué seguridad tenemos aquí dentro, Tutaim? —quiso saber Yaumei—. Si deciden asaltar el templo, ¿existe alguna vía de escape?

—El pórtico es firme —dijo el monje—, pero no lo suficiente para un gran número de narkyss armados. Disponemos de una salida trasera si se da el caso de una invasión, pero dudo que lleguemos muy lejos.

—¿Qué opinas, Tutaim? —preguntó un áfilo—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Sigo sin entender por qué están aquí —el monje se mostraba reflexivo, buscando algún sentido a aquello—. De todos los lugares que hay en Raideim por asediar, deciden centrarse en Kaikem, una aldea escondida en plena floresta. Es extraño que se hayan alejado tanto de su reino y además parecen bien organizados... ¿Qué han venido a buscar?

—No cabe duda de que Okraem ha despertado —anunció Yahida acercándose al monje—, y tiene un claro objetivo. Si no averiguamos su propósito y actuamos pronto, Raideim caerá en sus manos.

Las palabras de Yahida asustaron a todos, y dejaron sin respuesta a Tutaim, quien se mostraba confuso y sin saber cómo actuar. Tenían claro que la prioridad del monje era protegerles pero, en ese momento, no disponía de medios para hacerlo.

—Quizás Kranhald pueda ayudarnos —anunció Ysoder—. Si pudiéramos hacerles saber que nos hallamos en peligro...

Antes de nadie dijera nada más, escucharon un ruido ensordecedor alrededor del templo, que les heló la sangre. Los áfilos se pegaron unos a otros bajo lamentos y suspiros, intentando guardar silencio. Yosumi se apretujó a Yuriel, realmente aterrada.

—Narkyss... —murmuró Yaumei desenvainando su espada. Pero Tutaim le detuvo.

—No... Es otra cosa.

—Quizás Okraem no sea el único que ha despertado de su letargo —indicó Yahida con una sonrisa. Parecía que ella había percibido algo que los demás desconocían.

De repente, se repitió el mismo ruido ensordecedor. Esta vez, se sentía como si viniera de debajo de sus pies, bajo el jardín.

—¡El templo desea comunicarse con nosotros! —exclamó Tutaim con gran nerviosismo. Rápidamente, se acercó a la fuente y se agachó, buscando algo. Los áfilos se aproximaron a él, extrañados por su comportamiento—. ¿Dónde estaba la palanca...? Ah... Ya recuerdo.

El monje palpó algo en la parte inferior de la fuente y oyeron un fuerte crujido, seguido del sonido de un mecanismo poniéndose en marcha.

—¿¡Qué es eso...!?

El agua de la fuente dejó de brotar bruscamente. Notaron que la tierra vibraba a sus pies y, de repente, el suelo donde yacía la fuente se resquebrajaba y abría poco a poco, dejando al descubierto unas escaleras que descendían hacia la oscuridad.

—Esta, mis queridos amigos, es la entrada al Templo de la Leyenda: un lugar oculto para todos y cerrado desde hace décadas —anunció el monje. En su tono de voz se apreciaba un sentimiento de satisfacción y exaltación al mismo tiempo—. Es un vestigio del reino de Zoah, que acabó cayendo en el olvido, y con el fin de la magia quedó inservible.

—¡Un templo secreto debajo del nuestro! —los áfilos se sorprendieron con sus palabras.

Yuriel y Yosumi se asomaron cuidadosamente, con curiosidad. Apenas podían distinguir nada, pues a escasos peldaños la penumbra lo inundaba todo. La pequeña dio un paso atrás, asustada, cuando una hilera de antorchas al final de la escalera se encendió súbitamente, mostrando un estrecho y largo pasillo.

—Intenté despertar el templo incontables veces, pero jamás conseguí una respuesta —murmuró Tutaim posando la mano en el hombro de Yuriel—. Esta vez, hay algo diferente... Puedo sentirlo.

—¿Qué hay ahí abajo? —el monje no la contestó. Se encontraba demasiado absorto en sus propios pensamientos. A los pocos momentos, se dirigió a todos.

—El templo nos invita a pasar, y nos da la bienvenida. No temáis, pues este lugar podría ser nuestra única esperanza... Al menos dentro estaremos a salvo del mal.

Tutaim les hizo una señal para que le siguieran, y fueron con él. Los áfilos descendieron por las escaleras mientras murmuraban. Se giraron al producirse un fuerte sonido tras ellos, y vieron que la entrada se estaba cerrando.

—Este lugar parece tener vida propia —comentó Yaumei—. ¿Quién lo construyó?

—Antaño, todos los seres de Kaikem eran conocedores de la presencia del templo —dijo Tutaim—. Pero en los últimos siglos se había adormecido tanto que ni siquiera se abría, y cayó en el olvido. Pertenece a la época anterior

a la Gran Guerra, cuando los monjes de la leyenda eran acogidos en los pueblos de Raideim. En aquellos tiempos, había muchos de estos santuarios, y los usaban para comunicarse con Zoah. Así podían cumplir su cometido de mantener la paz y la tranquilidad en Raideim.

—¿Entonces es cierto que en Kaikem fue destinado un monje? —preguntó un áfido.

—Así es. Este templo fue erigido por su presencia en nuestro pueblo —asintió Tutaim—. Durante muchos años convivió con los áfidos hasta que, desgraciadamente, estalló la Gran Guerra y cayó ante Okraem. La magia que mantenía el santuario se fue marchitando poco a poco, y se sumió en un largo letargo que ha durado hasta ahora.

—Algo lo ha despertado —comentó Yaumei, coincidiendo con los pensamientos del monje—. Dudo que se trate de una mera casualidad.

—Pronto lo comprobaremos —dijo Tutaim, aligerando el paso.

Continuaron caminando por el estrecho pasillo, el cual era eternamente largo. Tras unos momentos, vieron que finalizaba adelante, y se apresuraron aún más, deseosos de llegar.

Descubrieron que desembocaba en una sala circular muy grande, con anchas columnas de piedra pegadas a la pared, y una escalinata en el centro, que ascendía a un altar.

Por debajo, había un estanque lleno de agua, que era el causante del agua que emanaba siempre en la fuente del jardín del templo.

En la parte superior de las escaleras, había una plataforma por encima del estanque, donde descansaba una enorme figura de piedra. Detrás, se alzaba un hermoso árbol de gran tamaño, nunca visto por un áfido. Su tronco era ancho y completamente blanco, con unas gruesas ramas que ascendían mucho hasta llegar a la copa, muy espesa y grande. Tenía unas hojas con forma de estrella, color azul, y también estaba colmado de flores brillantes de un tono turquesa.

—Hacía mucho tiempo que no lo veía florecer —el monje sonrió, fijando la vista en el árbol.

—Qué lugar tan increíble, Tutaim —murmuró Yuriel con asombro—. Ojalá lo hubiera conocido antes.

—Me habría encantado enseñarte el templo con calma, y explicarte todo lo que sé de él. Son momentos difíciles, y apenas tenemos tiempo de apreciar su grandiosidad...

El monje hizo una señal para que ascendieran la escalinata hasta la parte superior de la sala. Arriba se encontraba la estatua, pareciendo esperar su llegada.

—Me honra presentaros a Taelsim, gran señor de los menhaot —anunció Tutaim arrodillándose ante la figura, que estaba coloreada. Su piel era de un

tono plateado, y su cabello largo y completamente negro. La punta de sus largas y puntiagudas orejas sobresalían mucho, y llamaba la atención sus ojos, ya que una venda rojiza los ocultaba. Por encima llevaba un hábito muy largo color blanco, y se hallaba de pie, empuñando en una de sus manos un bastón. En la otra, sostenía un cristal opaco del tamaño de un áfido, y con forma ovalada que llegaba al suelo. Aunque estaba resquebrajado y lleno de polvo, antaño debió ser un hermoso y delicado espejo—. Fue uno de los mejores líderes que tuvo Zoah, guiando con nobleza, sabiduría y justicia... Lo arriesgó todo para proteger Raideim de las manos de Okraem, y dio su vida para salvarnos.

—Siempre se ha hablado de la majestuosidad de estos seres —murmuró Yuriel con admiración, acercándose al monje—. Es asombroso.

—Si Okraem ha regresado de verdad —Tutaim se incorporó y miró alrededor de la figura—, es posible hacer que Taelsim despierte de su letargo... Necesitamos su ayuda.

—¿De qué nos va a servir una estatua? —quiso saber un áfido lleno de confusión—. Ni siquiera sabemos con certeza si esos seres mágicos fueron reales o no, o si la historia que se cuenta sobre el pasado es cierta.

—Tenemos que pensar en el presente y en cómo sobrevivir a esos engendros de ahí fuera —dijo otro—. ¡Los narkyss sí que son reales!

—Todo cuanto veis es real —Yahida intervino, molesta por los comentarios—. Este lugar es un fragmento de lo que hubo en el pasado, un recordatorio de que el reino de la magia no solo existió, sino que su poder alcanzó hasta el último rincón de Raideim... ¡Si buscáis pruebas de su existencia, mirad a vuestro alrededor!

—Tu devoción por este lugar es respetable, Tutaim —anunció Yaumei cruzándose de brazos—, pero no creo que esto nos vaya a ser de mucha ayuda. Podría servirnos para mantener a salvo a los ancianos y los pequeños... Aun así, debemos pensar en otra cosa, o este lugar se convertirá en nuestra tumba.

—Yaumei tiene razón. Escondernos aquí no es la solución —Ysoder y los cazadores se mostraron de acuerdo con él—. Posar nuestras esperanzas en unos seres que ni siquiera están aquí es demasiado arriesgado, por no decir que parece una auténtica locura... Centrémonos mejor en pensar cómo haremos frente a los narkyss.

—Comprendo vuestra confusión y temor, mis queridos áfidos —Tutaim le hizo un gesto a Yahida y se posicionó en el centro de todos ellos—. Sé que es difícil creer en algo que se cuenta como una historia para los más pequeños. Pero os aseguro que lo que dicen las leyendas fue real, pues yo mismo fui testigo de dichos acontecimientos, y me he encargado durante siglos de que perduraran en el recuerdo.

—Tutaim, tú...